



TROTSKY, por G. Amador.

OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

***El único
camino***

*El único
camino*

León Trotsky

1932

Edicions internacionals Sedov



Valencia, febrero de 2019
germinal_1917@yahoo.es

Tomado de “[El único camino](#)“, en [Archivo León Trotsky-MIA-Sección en español](#); las notas de *La lucha contra el fascismo*, Fontamara, Barcelona, 1980, páginas 201-250. Escrito el 14 de septiembre de 1932, fue publicado en forma de folleto en abril de 1933 por Pioneer Publishers.

Índice

Prefacio	4
1 Bonapartismo y fascismo	7
2 Burguesía, pequeña burguesía y proletariado	11
3 ¿Alianza de la socialdemocracia con el fascismo o lucha entre ellos?	15
4 Los veintiún errores de Thaelmann.....	19
5 La confrontación de la política de Stalin-Thaelmann con su propia experiencia.....	25
6 Lo que se dice en Praga sobre el frente único	29
7 La lucha de clases a la luz de la coyuntura.....	35
8 El cambio hacia el socialismo.....	40
9 El único camino	44
Posfacio	48

Prefacio

La decadencia del capitalismo promete ser todavía más turbulenta, dramática y sangrienta que su ascenso. El capitalismo alemán no resultará seguramente ninguna excepción. Si su agonía se prolonga demasiado, la culpa reside (debemos de decir la verdad) en los partidos del proletariado.

El capitalismo alemán apareció tarde en escena, y fue privado de los privilegios del primogénito. El desarrollo de Rusia la situó en algún lugar entre Inglaterra y la India; Alemania, en un esquema semejante, tendría que ocupar el lugar entre Inglaterra y Rusia, no obstante sin las enormes colonias ultramarinas de Gran Bretaña ni las “colonias interiores” de la Rusia zarista. Alemania, comprimida en el corazón de Europa, se vio enfrentada -en una época en que el mundo entero ya había sido repartido- a la necesidad de conquistar mercados exteriores y de volver a repartir colonias que ya habían sido repartidas.

El capitalismo alemán no estuvo destinado a nadar contra corriente, a entregarse al libre juego de las fuerzas. Sólo Gran Bretaña pudo permitirse este lujo, y sólo durante un período histórico limitado, que ha finalizado recientemente ante nuestros ojos. El capitalismo alemán no pudo siquiera permitirse el “sentido de la moderación” del capitalismo francés, atrincherado dentro de sus límites y provisto además de ricas posesiones coloniales como reserva.

La burguesía alemana, oportunista de pies a cabeza en el terreno de la política interior, tuvo que elevarse al colmo de la audacia y de la ligereza en el de la economía y la política mundial; tuvo que expandir inconmensurablemente su producción para alcanzar a las naciones más antiguas, blandir la espada y lanzarse a la guerra. La extrema racionalización de la industria alemana después de la guerra resultó asimismo de la necesidad de superar las condiciones desfavorables de retraso histórico, de situación geográfica y de derrota militar.

Si los males económicos de nuestra época son resultado, en último análisis, del hecho de que las fuerzas productivas de la humanidad son incompatibles con la propiedad privada de los medios de producción así como con las fronteras nacionales, el capitalismo alemán está atravesando las convulsiones más dolorosas precisamente porque es el capitalismo más moderno, más avanzado y más dinámico del continente europeo.

Los médicos del capitalismo alemán se dividen en tres escuelas: liberalismo, economía planificada y autarquía.

El liberalismo querría restaurar las *leyes “naturales” del mercado*. Pero el infeliz destino político del liberalismo solamente refleja el hecho de que el capitalismo alemán nunca pudo basarse en el manchesterismo¹, sino que fue, a través del proteccionismo, hasta los trusts y los monopolios. La economía alemana no puede ser devuelta a un pasado “saludable” que nunca existió.

El “nacionalsocialismo” promete revisar a su manera la labor de Versalles, es decir, llevar más lejos la ofensiva del imperialismo de los Hohenzollern. Al mismo tiempo, quiere llevar a Alemania a la autarquía, es decir, al camino del localismo y de la

¹ Movimiento que hacia la década de los cuarenta del siglo XIX defendía el libre comercio y la abolición de los impuestos sobre el grano importado.

restricción voluntaria. El rugido del león oculta en este caso la psicología del perro azotado. Adaptar el capitalismo alemán a sus fronteras nacionales es casi lo mismo que curar a un enfermo cortándole la mano derecha, el pie izquierdo y parte de su cráneo.

Curar al capitalismo por medio de la *economía planificada* significaría eliminar la competencia. En tal caso, debemos empezar por la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. Los reformadores burocrático-profesorales no se atreven ni a pensarlo. La economía alemana es, menos que nada, puramente alemana: es un elemento integrante de la economía mundial. Un plan alemán sólo es concebible en la perspectiva de un plan económico internacional. Un sistema planificado en el interior de las estrechas fronteras nacionales significaría el abandono de la economía mundial, es decir, el intento de regresar al sistema de la autarquía.

Estos tres sistemas, con sus disensiones mutuas, en realidad se parecen en cuanto que todos están encerrados dentro del círculo vicioso del utopismo reaccionario. Lo que ha de salvarse no es el capitalismo alemán, sino Alemania de su capitalismo.

En los años de la crisis, la burguesía alemana, o al menos sus teóricos, han pronunciado discursos de arrepentimiento; sí, habían llevado una política demasiado arriesgada, habían recurrido con mucha ligereza a la ayuda de créditos extranjeros, habían empujado demasiado rápidamente la modernización del equipamiento fabril etc. En el futuro, ¡habrá, que ser más cuidadosos! En realidad, sin embargo, a medida que se manifiesta el programa de Papen y la actitud del capital financiero hacia él, los dirigentes de la burguesía alemana se inclinan hoy más que nunca al aventurismo económico.

A los primeros signos de reactivación industrial, el capitalismo alemán se mostrará tal y como su pasado histórico lo ha conformado, y no como les gustaría configurar a los moralistas liberales. Los empresarios, ávidos de beneficios, harán subir de nuevo la presión del vapor sin prestar atención al manómetro. La persecución de los créditos extranjeros volverá a tomar un carácter febril. ¿Son escasas las posibilidades de expansión? Tanto más necesario el monopolizarlas. El mundo aterrorizado verá de nuevo el cuadro del período precedente, pero en forma de convulsiones todavía más violentas. Al mismo tiempo, el renacimiento del militarismo alemán avanzará como si los años 1914-1918 nunca hubiesen existido. La burguesía alemana vuelve a situar a los barones del Este del Elba a la cabeza de la nación. Bajo los auspicios bonapartistas, están aún más inclinados a arriesgar la cabeza de la nación que bajo los de la monarquía legítima.

En sus momentos lúcidos, los dirigentes de la socialdemocracia alemana deben preguntarse por qué milagro su partido, después de todo el daño que ha hecho, todavía dirige a millones de obreros. Ciertamente, ha de darse una gran importancia al conservadurismo innato a toda organización de masas. Varias generaciones del proletariado han pasado por la socialdemocracia como escuela política; ello ha creado una gran tradición. Sin embargo, ésa no es la razón principal de la vitalidad del reformismo. Los obreros no pueden abandonar simplemente la socialdemocracia, a pesar de todos los crímenes de ese partido; deben poder remplazarlo por otro partido. Entretanto, el partido comunista alemán, en la persona de sus dirigentes, ha hecho todo lo que estaba a su alcance para alejar a las masas o al menos para impedirles que se agrupasen alrededor del partido comunista.

La política de capitulación de Stalin-Brandler en el año 1923; el zigzag ultraizquierdista de Maslow-Ruth Fischer, Thaelmann en 1924-1925; el arrastramiento oportunista ante la socialdemocracia en 1926-1928; el aventurismo del “tercer período” en 1928-1930; la teoría y práctica del “socialfascismo” y de la “liberación nacional” en

1930-1932, ésas son las partidas de la factura. El total da: Hindenburg-Papen-Schelicher y Cía.

Por el camino capitalista, no hay ninguna salida para el pueblo alemán. En eso reside la fuente de fortaleza más importante del partido comunista. El ejemplo de la Unión Soviética muestra mediante la experiencia que hay una salida por el camino socialista. En eso reside la segunda fuente de fortaleza del partido comunista.

Pero, gracias a las condiciones de desarrollo del Estado proletario aislado, allí ha tomado la dirección de la Unión Soviética una burocracia nacional-oportunista, que no cree en la revolución mundial, que defiende su independencia de la revolución mundial y mantiene a la vez una dominación ilimitada sobre la Internacional Comunista. Y ésa es en la actualidad la mayor desgracia para el proletariado alemán e internacional.

La situación en Alemania está hecha como a propósito para posibilitar al partido comunista el ganar a la mayoría de los obreros en un corto espacio de tiempo. El partido comunista debe comprender solamente que sin embargo, en la actualidad, representa a la minoría del proletariado, y debe caminar firmemente por el camino de la táctica de frente único. En su lugar, el partido comunista ha hecho suya una táctica que puede resumirse en las siguientes palabras: no dar a los obreros alemanes la posibilidad de llevar adelante luchas económicas ni de presentar resistencia al fascismo, ni de empuñar la herramienta de la huelga general, ni de crear sóviets; antes, que el proletariado mundial reconozca por adelantado la dirección del partido comunista. La tarea política se convierte en un ultimátum.

¿De dónde pudo haber provenido este destructivo método? La respuesta a ello está en la política de la fracción estalinista en la Unión Soviética. Allí, el aparato ha convertido la dirección política en una autoridad administrativa. Al negarse a permitir que los obreros discutan, o critiquen, o voten, la burocracia estalinista no les habla en otro lenguaje que en el del ultimátum. La política de Thaelmann es un intento de traducir el estalinismo a un mal alemán. Pero la diferencia consiste en que la burocracia de la URSS tiene a disposición de su política de mando el poder estatal, que recibió de las manos de la revolución de Octubre. Thaelmann, por el contrario, sólo tiene para reforzar su ultimátum la autoridad formal de la Unión Soviética. Esta es una gran fuente de ayuda moral, pero, bajo las condiciones dadas, sólo basta para cerrar la boca de los obreros comunistas, pero no para ganarse a los obreros socialdemócratas. Sin embargo, el problema de la revolución alemana se reduce ahora a esta última tarea.

Siguiendo las obras anteriores del autor dedicadas a la política del proletariado alemán, este panfleto intenta investigar las cuestiones de la política revolucionaria alemana en una nueva fase.

1 Bonapartismo y fascismo

Tratemos de analizar brevemente lo que ha ocurrido y dónde nos encontramos.

Gracias a la socialdemocracia, el gobierno Brüning dispuso del apoyo parlamentario para gobernar con la ayuda de los decretos de emergencia. Los dirigentes socialdemócratas dijeron: “De esta forma bloquearemos el camino del fascismo al poder.” La burocracia estalinista dijo: “No, el fascismo ya ha triunfado; el régimen de Brüning es el fascismo.” Ambas afirmaciones eran falsas. Los socialdemócratas hicieron pasar una retirada pasiva ante el fascismo como la lucha contra el fascismo. Los estalinistas presentaron el asunto como si la victoria del fascismo ya hubiese ocurrido. La fuerza de combate del proletariado fue minada por ambos lados y se facilitó y aproximó el triunfo del enemigo.

En su tiempo, caracterizamos al gobierno Brüning como *bonapartismo* (“una caricatura de bonapartismo”), es decir, como un régimen de dictadura político-militar. En el momento en que la lucha de dos estratos sociales (los que tienen y los que no tienen, los explotadores y los explotados) alcanza su tensión más elevada, se han creado las condiciones para la dominación de la burocracia, la policía y la tropa. El gobierno se vuelve “independiente” de la sociedad. Recordemos una vez más: si se clavan simétricamente dos horquillas en un corcho, éste puede guardar el equilibrio incluso sobre la cabeza de un alfiler. Ese es precisamente el esquema del bonapartismo. Podemos tener por seguro que semejante gobierno no deja de ser el empleado de los propietarios. Sin embargo, el empleado se sitúa sobre la espalda del amo, le restriega el pescuezo en carne viva y no titubea, a veces, en limpiarse los zapatos en su cara.

Puede haberse dado por sentado que Brüning proseguiría hasta la solución final. Sin embargo, en el transcurso de los acontecimientos, se ha añadido otro eslabón: el gobierno Papen. Para ser exactos, deberíamos hacer una rectificación en nuestra anterior caracterización: el gobierno Brüning era un gobierno prebonapartista. Brüning era solamente un precursor. En una forma perfecta, el bonapartismo entró en escena con el gobierno Papen-Schleicher.

¿En qué consiste la diferencia Brüning aseguraba que no conocía mayor felicidad que “servir” a Hindenburg y al párrafo 48. Hitler “apoyaba” con su puño el flanco derecho de Brüning. Pero, con el codo izquierdo, Brüning descansaba sobre el hombro de Wels. En el Reichstag, Brüning encontró una mayoría que le eximía de contar con el Reichstag.

Cuanto más crecía la independencia de Brüning respecto al parlamento, más independientes se sentían las cumbres de la burocracia con respecto a Brüning y a los grupos políticos que se hallaban tras él. Finalmente, sólo faltaba romper los lazos con el Reichstag. El gobierno Papen surgió de una concepción burocrática inmaculada. Con el codo derecho, descansa sobre el hombro de Hitler. Con el puño de la policía, se protege del proletariado por la izquierda. En eso reside el secreto de su “estabilidad”, es decir, de que no se hunda en el momento mismo de su formación.

El gobierno Brüning asumía un carácter clerical-burocrático-policíaco. La Reichswehr todavía permanecía en reserva. El “Frente de Hierro” servía como un apoyo directo del orden. La esencia del golpe de Estado de Hindenburg-Papen consiste precisamente en eliminar su dependencia del “Frente de Hierro”. Los generales pasaron automáticamente al primer lugar.

Los dirigentes socialdemócratas resultaron ser completamente embaucados. Y eso es más que lo que les espera en períodos de crisis social. Esos intrigantes pequeñoburgueses parecen inteligentes sólo en aquellas condiciones en que la inteligencia no es necesaria. Ahora, se tapan la cabeza por la noche, sudan, y esperan un milagro: tal vez al final podamos todavía no sólo salvar nuestras cabezas, sino también el mobiliario archiatiborrado y los pequeños ahorros inocentes. Pero ya no habrá más milagros...

Desgraciadamente, sin embargo, el partido comunista también ha sido completamente tomado por sorpresa por los acontecimientos. La burocracia estalinista fue, incapaz de prever nada. Ahora, Thaelmann, Remmele y otros hablan a cada instante del “golpe de Estado del 20 de julio”. ¿Cómo ha sido eso? Al principio, afirmaban que el fascismo ya había llegado y que sólo los “trotskistas contrarrevolucionarios” podían hablar de ello como algo futuro. Ahora resulta que para pasar de Brüning a Papen (por el momento no a Hitler, sino sólo a Papen) fue necesario todo un “golpe de Estado”. Sin embargo, el contenido de clase de Severing, Brüning y Hitler, según nos habían enseñado esos sabios, es “uno y el mismo”. Entonces, ¿de qué y para qué el golpe de Estado?

Pero la confusión no acaba aquí. Incluso aunque la diferencia entre fascismo y bonapartismo esté ahora lo suficientemente clara, Thaelmann, Remmele y demás hablan del golpe de Estado fascista del 20 de julio. Al mismo tiempo, alertan a los obreros contra el peligro inminente de un derrocamiento hitleriano, es decir, igualmente fascista. Por último, se caracteriza a la socialdemocracia, precisamente igual que antes, como socialfascista. De esta forma, los acontecimientos que se suceden se reducen a que diferentes clases de fascismo tomen el poder una de otra con la ayuda de golpes de Estado “fascistas”. ¿No está claro que toda la teoría estalinista fue elaborada sólo con el fin de agarrar el cerebro humano?

Cuanto menos preparados estaban los obreros, más destinada estaba la llegada del gobierno Papen a producir la impresión de fortaleza: ignorancia completa de los partidos, nuevos decretos de emergencia, disolución del Reichstag, represalias, estado de sitio en la capital, abolición de la “democracia” prusiana. ¡Y con qué facilidad! A un león se le mata de un disparo a la pulga se la aplasta entre las uñas; con los ministros socialdemócratas se acaba de un papirotazo.

No obstante, a pesar de la apariencia de fuerzas concentradas, el gobierno Papen *como tal* es más débil todavía que su predecesor. El régimen bonapartista puede lograr un carácter comparativamente estable y duradero sólo en el caso de que ponga fin a una época revolucionaria; cuando la relación de fuerzas ya ha sido puesta a prueba en batallas; cuando las clases revolucionarias ya están agotadas, pero las clases poseedoras aún no se han librado del terror: ¿no traerá mañana nuevas convulsiones? Sin esta condición básica, es decir, sin un agotamiento anterior de las energías de las masas en combates, el régimen bonapartista no está en posición de avanzar.

A través del gobierno Papen, los barones, los magnates del capital y los banqueros han realizado un intento de salvaguardar sus intereses mediante la policía y el ejército regular. La idea de entregar todo el poder a Hitler, que se apoya en las bandas voraces y desbocadas de la pequeña burguesía, está lejos de agradarles. Ellos, por supuesto, no dudan de que, a la larga, Hitler sea un instrumento sumiso de su dominación. Sin embargo, esto es inseparable de convulsiones, del riesgo de una guerra civil larga y fatigosa y de gastos enormes. El fascismo, sin duda, como muestra el ejemplo italiano, conduce al final a una dictadura burocrático-militar de tipo bonapartista. Pero para eso se requieren una serie de años aun en el caso de una victoria total: un plazo aún más largo en Alemania que en Italia. Está claro que las clases

poseedoras preferirían un camino más económico, es decir, el camino de Schleicher y no el de Hitler, por no hablar de que el mismo Schleicher lo prefiriere de esa forma.

El que la base para la existencia del gobierno Papen radique en la neutralización de los campos irreconciliables no significa en modo alguno, desde luego, que las fuerzas del proletariado revolucionario y de la pequeña burguesía reaccionaria pesen lo mismo en la balanza de la historia. Toda la cuestión se desplaza aquí al terreno de la política. Mediante el mecanismo del Frente de Hierro, la socialdemocracia paraliza al proletariado. Con la política de ultimatismo insensato, la burocracia estalinista bloquea a los obreros el camino revolucionario. Con una correcta dirección del proletariado, el fascismo sería exterminado sin dificultad y ni una rendija quedaría abierta para el bonapartismo. Desgraciadamente, esa no es la situación. La fortaleza paralizada del proletariado ha adoptado la forma engañosa de la “fortaleza” de la camarilla bonapartista. En eso reside la fórmula política de la actualidad.

El gobierno Papen es el punto invisible de intersección de grandes fuerzas históricas. Su peso independiente es casi nulo. Por tanto, no puede hacer otra cosa que sentir pánico de sus propias gesticulaciones y tener vértigo del vacío que le rodea por todas partes. Así, y sólo así, puede explicarse que en los actos del gobierno haya habido hasta hoy dos partes de timidez por una de audacia. En Prusia, es decir, con la socialdemocracia, el gobierno jugaba a ganar: sabía que esos señores no ofrecerían resistencia. Pero después de haber disuelto el Reichstag, anunció nuevas elecciones y no se atrevió a posponerlas. Tras proclamar la ley marcial, se hartó de explicar: esto es sólo para facilitar la capitulación sin lucha de los dirigentes socialdemócratas.

Sin embargo ¿no hay una Reichswher No somos dados a olvidarlo. Engels definía el Estado como organismos de hombres armados, con accesorios materiales en forma de prisiones, etc. Con respecto al actual poder gubernamental, incluso puede decirse que sólo la Reichswher existe realmente. Pero la Reichswher no parece de ninguna manera un instrumento sumiso y fiable en las manos del grupo de personas a cuya cabeza se encuentra Papen. En realidad, el gobierno es más bien una especie de comisión política de la Reichswher.

Pero a pesar de toda su preponderancia sobre el gobierno, la Reichswher no puede sin embargo pretender ningún papel político independiente. Cien mil soldados, no importa cuán cohesivos y aguerridos puedan ser (lo que todavía falta por probar), no pueden mandar a una nación de sesenta y cinco millones desgarrada por los más profundos antagonismos sociales. La Reichswher solamente representa un elemento en la acción de las fuerzas, y no el decisivo.

A su manera, el nuevo Reichstag refleja mucho mejor la situación política del país que ha llevado al experimento bonapartista. El parlamento sin una mayoría, con alas irreconciliables, ofrece un argumento obvio e irrefutable a favor de la *dictadura*. Una vez más, los límites de la democracia aparecen en toda su evidencia. Allí donde se trata de las bases mismas de la sociedad, la aritmética parlamentaria no es la que decide. Lo que decide es la lucha.

No intentaremos opinar desde lejos qué camino seguirán en los próximos días los esfuerzos para formar gobierno. Nuestras hipótesis llegarían de cualquier forma tarde, y además, no son las posibles formas y combinaciones transitorias las que resuelven el problema. Un bloque del ala derecha con el Centro significaría la “legalización” de la toma del poder por los nacionalsocialistas, es decir, la cobertura más apropiada para el golpe de Estado fascista. Qué relaciones se desarrollarán al principio entre Hitler, Schleicher y los dirigentes del Centro, es más importante para ellos que para el pueblo alemán. Políticamente, todas las combinaciones pensables con

Hitler significan la disolución de la burocracia, los tribunales, la policía y el ejército en el interior del fascismo.

Si se admite que el Centro no aceptará una coalición en la que tendría que pagar con la ruptura con sus propios obreros el papel de freno a la locomotora de Hitler, en ese caso sólo queda abierto el camino extraparlamentario. Una combinación sin el Centro garantizaría más fácil y rápidamente el predominio de los nacionalsocialistas. Si éstos no se unen inmediatamente con Papen y al mismo tiempo pasan de inmediato al asalto, el carácter bonapartista del gobierno se manifestará más agudamente: Schleicher tendría sus “cien días”... sin los años napoleónicos anteriores.

Cien días (no, estamos calculando demasiado generosamente). La Reichswehr no decide. Schleicher no basta. La dictadura extraparlamentaria de los junkers y los magnates del capital financiero sólo puede garantizarse mediante una guerra civil fatigosa e implacable. ¿Podrá Hitler realizar esta tarea? Eso no sólo depende de la mala voluntad del fascismo, sino también de la voluntad revolucionaria del proletariado.

2 Burguesía, pequeña burguesía y proletariado

Todo análisis serio de la situación política debe tomar como punto de partida las relaciones mutuas entre las tres clases: la burguesía, la pequeña burguesía (incluido el campesinado) y el proletariado.

La gran burguesía, económicamente poderosa, constituye, por sí misma, una ínfima minoría de la nación. Para imponer su dominación, debe hacer cumplir una determinada relación mutua con la pequeña burguesía y, por su mediación, con el proletariado.

Para comprender la dialéctica de esas interrelaciones, debemos distinguir tres fases históricas: el comienzo del desarrollo capitalista, en que la burguesía precisaba métodos revolucionarios para resolver sus tareas; el periodo de florecimiento y madurez del régimen capitalista, en que la burguesía dotó su dominación con formas democráticas, ordenadas, pacíficas, conservadoras; por último, la decadencia del capitalismo, en que la burguesía está obligada a recurrir a los métodos de la guerra civil contra el proletariado para proteger su derecho a la explotación.

Los programas políticos característicos de esas tres fases, *jacobinismo*, *democracia* reformista (incluida la socialdemocracia) y *fascismo*, son esencialmente programas de corrientes pequeñoburguesas. Este dato solo, más que ninguna otra cosa muestra que enorme (más aun, qué decisiva) importancia tiene la autodeterminación de las masas pequeñoburguesas del pueblo para todo el destino de la sociedad burguesa.

Sin embargo, la relación entre la burguesía y su base social fundamental, la pequeña burguesía, no descansa de ningún modo en la confianza recíproca y en la colaboración pacífica. El grueso de la pequeña burguesía es una clase explotada y oprimida. Mira a la burguesía con envidia y, a menudo, con odio. La burguesía, por su parte, aun cuando utiliza el apoyo de la pequeña burguesía, desconfía de ella, pues teme, con razón, su tendencia a derribar las barreras impuestas desde arriba.

Aun cuando estaban arreglando y despejando el camino al desarrollo burgués, los jacobinos chocaron a cada momento con la burguesía. La sirvieron en una lucha intransigente contra ella. Después de realizar su limitado papel histórico, los jacobinos cayeron, pues la dominación del capital estaba predeterminada.

Para toda una serie de fases., la burguesía afirmó su poder bajo la forma de la democracia parlamentaria. Pero de nuevo, no pacífica ni voluntariamente. La burguesía temía mortalmente el sufragio universal. Pero a la larga, con la ayuda de una combinación de represión y concesiones, con la amenaza del hambre unida a las reformas, consiguió subordinar en el marco de la democracia formal no sólo a la vieja pequeña burguesía, sino, en gran medida, también al proletariado, por medio de la nueva pequeña burguesía, la burocracia obrera. En agosto de 1914, la burguesía imperialista pudo, por medio de la democracia parlamentaria, llevar a millones de obreros y campesinos a la carnicería.

Pero precisamente con la guerra empieza la clara decadencia del capitalismo y, sobre todo, de su forma democrática de dominación. En adelante ya no se trata de nuevas reformas y limosnas, sino de reducir y suprimir las antiguas. Con ello, la burguesía entra en conflicto no sólo con las instituciones de la democracia proletaria (sindicatos y partidos políticos), sino también con la democracia parlamentaria, en cuyo

marco surgieron las organizaciones obreras. De ahí, la campaña contra el “marxismo”, por un lado, y contra el parlamentarismo democrático por el otro.

Pero igual que las cumbres de la burguesía liberal fueron incapaces en su época, sólo con *su* propia fuerza, de desprenderse del feudalismo, la monarquía y la iglesia, así los magnates del capital financiero son incapaces, sólo con su fuerza, de enfrentarse con el proletariado. Necesitan el apoyo de la pequeña burguesía. Para este fin, debe ser ganada, puesta en pie, movilizada y armada. Pero este método tiene sus riesgos. Aun cuando utiliza el fascismo, la burguesía no obstante le teme. Pilsudski fue obligado en mayo de 1926 a salvar la sociedad burguesa mediante un golpe de Estado dirigido contra los partidos tradicionales de la burguesía polaca. La cosa llegó tan lejos, que el dirigente oficial del partido comunista polaco, Warski, que pasó de Rosa Luxemburg a Stalin, y no a Lenin, tomó el golpe de estado de Pilsudski como el camino de la dictadura democrática revolucionaria” y llamó a los obreros a apoyar a Pilsudski.

En la sesión de la comisión polaca del comité ejecutivo de la Comintern del 2 de julio de 1926, el autor de estas líneas dijo sobre los acontecimientos de Polonia:

“... el movimiento que [Pilsudski] encabezó era pequeñoburgués, una forma “plebeya” de resolver los acuciantes problemas de la sociedad capitalista en proceso de decadencia y destrucción. Se trata de un paralelo directo con el fascismo italiano...

“Esas dos corrientes tienen indudablemente rasgos comunes: sus tropas de choque se reclutan... entre la pequeña burguesía; tanto Pilsudski como Mussolini emplearon medios extraparlamentarios, claramente violentos, métodos de guerra civil; ambos se proponían salvar a la sociedad burguesa, no echarla abajo. Tras poner en pie a las masas pequeñoburguesas, ambos chocaron abiertamente con la gran burguesía después de llegar al poder. Involuntariamente, una generalización histórica viene a la mente: forzoso es recordar la definición de Marx del jacobinismo como una forma plebeya de enfrentarse con los enemigos feudales de la burguesía. Eso fue en la época del *auge* de la burguesía. Hay que decir que ahora, en la época de la *decadencia* de la sociedad burguesa, la burguesía necesita de nuevo una forma “plebeya” de resolver sus problemas (que ya no son progresivos, sino, más bien, completamente reaccionarios). En este sentido, pues, el fascismo esconde una caricatura reaccionaria del jacobinismo.

“La burguesía decadente es incapaz de mantenerse en el poder con los métodos y medios creados por ella misma (el Estado parlamentario). Necesita el fascismo como instrumento de autodefensa, al menos en los momentos más críticos. A la burguesía no le gusta la forma “plebeya” de resolver sus problemas. Tuvo una actitud extremadamente hostil hacia el jacobinismo, que despejó en sangre el camino para el desarrollo de la sociedad burguesa. Los fascistas están infinitamente más cerca de la burguesía decadente que los jacobinos de la burguesía ascendente. Pero a la burguesía aposentada no le gusta tampoco la forma fascista de resolver sus problemas, pues los choques y disturbios, aunque en interés de la sociedad burguesa, también implican riesgos para ella. Este es el origen del antagonismo entre el fascismo y los partidos tradicionales de la burguesía...

“A la gran burguesía le disgusta este método, casi igual que a un hombre con la mandíbula tumefacta le disgusta que le limpien los dientes. Los círculos respetables de la sociedad burguesa veían con odio los servicios del dentista Pilsudski, pero al final cedieron ante lo inevitable, ciertamente con amenazas de

resistencia y porfiando y regateando el precio. ¡Y he aquí al ídolo de ayer de la pequeña burguesía convertido en gendarme del capital!”²

A este intento de definir el lugar histórico del fascismo como sustituto político de la socialdemocracia, se le contrapuso la teoría del socialfascismo. Al principio, podía parecer una estupidez presuntuosa y desagradable, pero inofensiva. Los acontecimientos subsiguientes han mostrado qué pernicioso influencia ejerció de hecho la teoría estalinista sobre todo el desarrollo de la Internacional Comunista³.

¿Se deduce del papel histórico del jacobinismo, de la democracia y del fascismo que la pequeña burguesía está condenada a seguir siendo un instrumento en manos del capital hasta el final de sus días? Si fuera así, la dictadura del proletariado sería imposible en una serie de países en que la pequeña burguesía constituye la mayoría de la nación; y más aún, la haría extremadamente difícil en otros países en que la pequeña burguesía representa una importante minoría. Afortunadamente, no es así. La experiencia de la Comuna de París mostró por primera vez, al menos en los límites de una ciudad, igual que la experiencia de la revolución de Octubre lo ha mostrado después a una escala mucho mayor y durante un período incomparablemente más largo, que la alianza de la pequeña burguesía y la gran burguesía no es indisoluble. Puesto que la pequeña burguesía es incapaz de una política *independiente* (también por eso la “dictadura democrática” pequeñoburguesa es irrealizable) no le queda más que optar entre la burguesía y el proletariado.

En la época de ascenso, del crecimiento y florecimiento del capitalismo, la pequeña burguesía, a pesar de agudas explosiones de descontento, marchó por lo general obedientemente en el aparejo capitalista. No podía hacer otra cosa. Pero bajo las condiciones de desintegración capitalista y el atolladero de la situación económica, la pequeña burguesía procura, intenta y se esfuerza por liberarse de las ataduras de los antiguos amos y dirigentes de la sociedad. Es totalmente capaz de unir su destino al del proletariado. Para eso sólo se necesita una cosa: la pequeña burguesía debe adquirir confianza en la capacidad del proletariado de llevar a la sociedad por un nuevo camino. El proletariado sólo puede inspirar esa confianza por su fortaleza, por la firmeza de sus acciones, por una hábil ofensiva contra el enemigo, por el éxito de su política revolucionaria.

Pero ¡ay si el partido revolucionario no está a la altura de la situación! La lucha diaria del proletariado agudiza la inestabilidad de la sociedad burguesa. Las huelgas y los disturbios políticos agravan la situación económica del país. La pequeña burguesía podría resignarse temporalmente a privaciones crecientes si a través de su experiencia llega a la convicción de que el proletariado está en condiciones de llevarla por un nuevo camino. Pero si el partido revolucionario, a pesar de que la lucha de clases se acentúa incesantemente, se muestra una y otra vez incapaz de unificar a la clase obrera tras él, si vacila, se vuelve confuso, se contradice, entonces la pequeña burguesía pierde la paciencia y empieza a considerar a los obreros revolucionarios como los responsables de su propia miseria. Todos los partidos burgueses, incluida la socialdemocracia, piensan en ello. Cuando la crisis social asume una agudeza intolerable, aparece en escena un determinado partido con el objetivo declarado de agitar a la pequeña

² “El fascismo polaco y los errores del PC”, julio de 1926.

³ Mientras ocultaba al partido y a la Comintern el discurso citado, la prensa estalinista emprendía una de sus campañas habituales contra él. Manuilsky escribió que yo me había atrevido a “poner en el mismo plano” a fascistas y jacobinos, quienes, después de todo, eran nuestros antepasados revolucionarios. La última observación es más o menos correcta. Desgraciadamente, esos antepasados pueden mostrar bastantes descendientes que son incapaces de utilizar sus cabezas. Un eco de la vieja disputa puede encontrarse en las últimas producciones de Münzenberg contra el “trotskismo”. Pero dejemos este tema. N de Trotsky.

burguesía hacia un blanco de ira, y de dirigir su odio y su desesperación contra el proletariado. En Alemania, esta función histórica la realiza el nacionalsocialismo amplia corriente cuya ideología está formada por todos los tufos pútridos de la sociedad burguesa en descomposición.

La responsabilidad política fundamental del crecimiento del fascismo recae, por supuesto en los hombros de la socialdemocracia. Desde la guerra imperialista, la labor de este partido se ha reducido a desarraigar de la conciencia del proletariado la idea de una política independiente, para inculcarle la creencia en la eternidad del capitalismo, y para hacerlo arrodillar una y otra vez ante la burguesía decadente. La pequeña burguesía puede seguir a los obreros sólo si ve en él al nuevo señor. La socialdemocracia enseña al obrero a ser un lacayo. La pequeña burguesía no seguirá a un lacayo. La política del reformismo priva al proletariado de la posibilidad de dirigir a las masas plebeyas de la pequeña burguesía y, por tanto, convierte a esta última en carne de cañón para el fascismo.

La cuestión política, sin embargo, no se salda para nosotros con la responsabilidad de la socialdemocracia. Desde el comienzo de la guerra, denunciamos a este partido como la agencia de la burguesía imperialista en las filas del proletariado. De esta nueva orientación de los marxistas revolucionarios surgió la Tercera Internacional. Su tarea consistió en unificar al proletariado bajo la bandera de la revolución y, por tanto, de garantizarle la influencia dirigente sobre las masas oprimidas de la pequeña burguesía de las ciudades y del campo.

El período de posguerra, en Alemania más que en ninguna otra parte, fue una época de desesperanza económica y de guerra civil. Las condiciones internacionales así como las interiores empujaron imperiosamente al país por el camino del socialismo. Cada paso de la socialdemocracia descubría su decadencia y su impotencia, el significado reaccionario de su política, la banalidad de sus dirigentes. ¿Qué otras condiciones se necesitaban para el desarrollo del partido comunista? Y sin embargo, tras los primeros años de éxitos significativos, el comunismo alemán entró en un período de vacilaciones, de zigzags, de virajes alternativos hacia el oportunismo y hacia el aventurismo. La burocracia centrista ha debilitado sistemáticamente a la vanguardia proletaria y le ha quitado al proletariado en su conjunto la posibilidad de dirigir tras él a las masas oprimidas de la pequeña burguesía. La burocracia eestalinista carga con la responsabilidad directa e inmediata por el crecimiento del fascismo ante la vanguardia proletaria.

3 ¿Alianza de la socialdemocracia con el fascismo o lucha entre ellos?

Comprender la interrelación de las clases en forma de esquema, fijado de una vez por todas, es relativamente sencillo. La valoración de las relaciones concretas entre las clases en cada situación dada es infinitamente más difícil.

La gran burguesía alemana actualmente vacila -situación que la burguesía, en general, experimenta muy raramente. Una parte se ha convencido definitivamente de la inevitabilidad del camino fascista y le gustaría acelerar la operación. La otra parte espera hacerse dueña de la situación con la ayuda de una dictadura policíaca-militar bonapartista. Nadie en este campo desea volver a la “democracia” de Weimar.

La pequeña burguesía está dividida. El nacionalsocialismo, que ha reunido bajo su bandera a la mayoría abrumadora de las clases intermedias, quiere tomar en sus manos todo el poder. El ala democrática de la pequeña burguesía, que todavía tiene tras de sí a millones de obreros, quiere volver a la democracia según el modelo ebertiano. Entre tanto, se prepara para apoyar la dictadura bonapartista, al menos pasivamente. Los cálculos de la socialdemocracia son los siguientes: bajo la presión de los nazis, el gobierno Papen-Schleicher se verá obligado a establecer un equilibrio reforzando su ala izquierda; a todo esto, tal vez amaine la crisis; la pequeña burguesía quizá se tranquilice; la burguesía tal vez disminuya su frenética presión sobre la clase obrera; y, con la ayuda de dios, todo volverá a estar de nuevo en orden.

La camarilla bonapartista no quiere, efectivamente, la victoria total del fascismo. No se opondría, de ningún modo, a explotar el apoyo de la socialdemocracia dentro de ciertos límites. Pero para ello, tendría que “tolerar” las organizaciones obreras, lo cual sólo es concebible si, al menos hasta cierto punto, se permite la existencia legal del partido comunista. Sin embargo, el apoyo de la socialdemocracia a la dictadura militar empujaría irresistiblemente a los obreros a las filas del comunismo. Buscando una forma de apoyo frente a la peste parda, el gobierno se convertiría muy pronto en el blanco de los golpes de los diablos rojos.

La prensa comunista oficial afirma que la tolerancia de Brüning por la socialdemocracia facilitó el camino a Papen, y que la semitolerancia de Papen acelerará la llegada de Hitler. Eso es totalmente correcto. Dentro de estos límites, no hay diferencias de opinión entre nosotros y los estalinistas. Pero esto significa precisamente que en épocas de crisis social la política del reformismo no sólo se vuelve contra las masas, sino también contra el reformismo. En este proceso, acaba de llegar el momento crítico.

Hitler tolera a Schleicher. La socialdemocracia no se opone a Papen. Si esta situación pudiera consolidarse realmente durante un largo periodo de tiempo, la socialdemocracia se convertiría en el ala izquierda del bonapartismo, y dejaría al fascismo el papel de ala derecha. Teóricamente, no está desde luego excluido que la actual crisis sin precedentes del capitalismo alemán no lleve a una solución concluyente, es decir, que no acabe ni con la victoria del proletariado ni con el triunfo de la contrarrevolución fascista. *Si* el partido comunista prosigue su política de ultimatismo estúpido y por tanto salva a la socialdemocracia del hundimiento inevitable; *si* Hitler no se decide en el futuro inmediato, a dar un golpe de Estado y de esta forma inicia la

desintegración inevitable dentro de sus propias filas; *si* la coyuntura económica conoce un ascenso antes de que caiga Schleicher, entonces la combinación bonapartista del párrafo 48 de la Constitución de Weimar, de la Reichswher, de la socialdemocracia semiopositora y del semiopositor fascismo, tal vez podría mantenerse (hasta un nuevo estallido, que, en cualquier caso, debe esperarse).

Pero sobre la marcha, estamos todavía lejos de semejante feliz cumplimiento de las condiciones que constituyen el tema de los sueños despiertos de la socialdemocracia. Tal cosa no está en modo alguno asegurada. Incluso los estalinistas difícilmente creen en la durabilidad o en la fuerza de resistencia del régimen Papen-Schleicher. Todos los indicios apuntan a la ruptura del triángulo Wels-Schleicher-Hitler incluso antes de que tome forma.

Pero ¿tal vez será sustituido por una combinación Hitler-Wels Según Stalin, son “gemelos, no antípodas”. Admitamos que la socialdemocracia, sin temer a sus propios obreros, quisiera vender su tolerancia a Hitler. Pero Hitler no necesita esta mercancía: no necesita la tolerancia, sino la abolición de la socialdemocracia. El gobierno Hitler sólo puede realizar su tarea aplastando la resistencia del proletariado y eliminando todos los posibles órganos de su resistencia. En eso reside el papel histórico del fascismo.

Los estalinistas se limitan a una valoración puramente psicológica, o más exactamente, puramente moral de los pequeñoburgueses cobardes y mezquinos que dirigen la socialdemocracia. ¿Podemos admitir realmente que esos inveterados traidores se apartarán de la burguesía y se enfrentarán a ella Semejante método idealista tiene muy poco en común con el marxismo, que parte no de lo que la gente piensa de sí misma o de lo que desea, sino de las condiciones en que se encuentran y de los cambios que sufren esas condiciones.

La socialdemocracia apoya el régimen burgués, no por los beneficios de los magnates del carbón o del acero, sino a causa de las ventajas que puede obtener como partido, en la forma de su poderoso y numerosísimo aparato. Podemos tener por seguro que el fascismo no amenaza en forma alguna al régimen burgués, para cuya defensa existe la socialdemocracia. Pero el fascismo pone en peligro el papel que cumple la socialdemocracia en el régimen burgués y la renta que obtiene de jugar su papel. Aunque los estalinistas olviden este aspecto del asunto, la socialdemocracia no pierde de vista ni por un momento el peligro mortal con que *le* amenaza una victoria del fascismo; no a la burguesía, sino a la socialdemocracia.

Hará unos tres años, cuando señalamos que el punto de partida de la próxima crisis política en Austria y Alemania se basaría con toda probabilidad en la incompatibilidad de la socialdemocracia y el fascismo; cuando, sobre esta base, rechazamos la teoría del socialfascismo, que no desvelaba, sino que ocultaba el conflicto que se avecinaba; cuando llamamos la atención sobre la posibilidad de que la socialdemocracia, lo mismo que una parte importante de su aparato, se vería obligada por la marcha de los acontecimientos a luchar contra el fascismo y que este sería un punto de partida favorable para el partido comunista para una ofensiva posterior, un gran número de comunistas (no sólo de funcionarios a sueldo, sino incluso de revolucionarios verdaderamente honestos) nos acusaron de... “idealizar” a la socialdemocracia. Sólo quedaba encogerse de hombros. Es difícil discutir con gente cuyo pensamiento se detiene donde para un marxista el problema no hace más que empezar.

En conversaciones, he citado a menudo el ejemplo siguiente: la burguesía judía en la Rusia zarista representaba una parte extremadamente asustada y desmoralizada de toda la burguesía rusa. Y sin embargo, en la medida en que los pogromos de los Cien Negros, dirigidos principalmente contra los judíos pobres, también golpeaban a la

burguesía, ésta se vio obligada a autodefenderse. Sin duda, tampoco mostró ningún coraje destacable en este terreno. Pero debido al peligro que pendía sobre sus cabezas, la burguesía judía liberal, por ejemplo, recogió sumas considerables para armar a los estudiantes y obreros revolucionarios. De esta manera, se llegó a un acuerdo práctico temporal entre los obreros más revolucionarios, dispuestos a luchar pistola en mano, y el grupo más asustado de la burguesía, que estaba en un aprieto.

El año pasado escribí que en la lucha contra el fascismo, los comunistas debían estar listos para llegar a un acuerdo práctico no sólo con el diablo y con su abuela, sino incluso con Grzesinsky. Esta frase corrió por toda la prensa estalinista mundial. ¿Se necesitaba mejor prueba del “socialfascismo” de la Oposición de Izquierda? Muchos camaradas me habían advertido de antemano: “Van a tomarla con esta frase”. Yo les contesté: “Esta frase ha sido escrita así para que la tomen con ella. Qué se agarren a este hierro ardiendo y se quemén los dedos. Los imbéciles deben de aprender su lección.”

El curso de la lucha ha llevado a Papan a hacer que Grzesinsky conozca la cárcel. ¿Resultó este episodio de la teoría del socialfascismo y de las previsiones de la burocracia estalinista? No, sucedió en completa contradicción con ellas. Nuestra valoración de la situación, sin embargo, tenía presente semejante eventualidad y le había señalado un lugar determinado.

Pero la socialdemocracia, también en esta ocasión, rehuyó el combate, objetarán algunos estalinistas. Sí, lo rehuyó. Quienquiera espere que la socialdemocracia vaya más allá de los argumentos de sus dirigentes, y dé comienzo a la lucha de forma independiente, y eso en condiciones en que incluso el partido comunista se mostró incapaz de luchar, tiene que esperar naturalmente un chasco. Nosotros no esperamos tales milagros. Por eso nosotros no podíamos mostrarnos expuestos a ningún “chasco” sobre la socialdemocracia.

Grzesinsky no se ha transformado en un tigre revolucionario; eso lo podemos garantizar gustosamente. Sin embargo, hay una gran diferencia entre una situación en que Grzesinsky, aposentado en su fortaleza, envía destacamentos de la policía para salvaguardar la “democracia” contra los obreros revolucionarios, y una situación en que el salvador bonapartista del capitalismo mete al mismo Grzesinsky en la cárcel, ¿no? ¿Y no vamos a tener en cuenta políticamente esta diferencia? ¿No vamos a sacar provecho de ella?

Volvamos al ejemplo citado antes: no es difícil entender la diferencia entre un fabricante judío que da un golpecito al policía zarista por aporrear a los huelguistas y el mismo fabricante que pasa dinero a los huelguistas de ayer para obtener armas contra los pogromistas. El burgués sigue siendo un burgués. Pero del cambio en la situación resulta un cambio en las relaciones. Los bolcheviques dirigieron la huelga contra el fabricante. Más tarde, tomaron del mismo fabricante el dinero para la lucha contra los pogromos. Eso, naturalmente, no impidió que los obreros, cuando llegó su hora, volvieran sus armas contra la burguesía.

¿Significa todo lo que se ha dicho que la socialdemocracia en su conjunto luchará contra el fascismo? A esto respondemos: parte de los funcionarios socialdemócratas se pasará indudablemente a los fascistas; un sector considerable gateará bajo la cama a la hora del peligro. Tampoco todas las masas obreras lucharán. Es completamente imposible prever de antemano qué parte de los obreros socialdemócratas será arrastrada a la lucha y cuándo, y qué parte del aparato arrastrarán con ellos. Eso depende de muchas circunstancias, entre ellas la posición del partido comunista. La política del frente único tiene como misión separar a aquellos que quieren luchar de quienes no quieren; impulsar hacia adelante a quienes vacilan; y, por último,

comprometer a los dirigentes capituladores a los ojos de los obreros, para consolidar su capacidad de lucha.

¡Cuánto tiempo se ha perdido sin finalidad, sin sentido, vergonzosamente! ¡Cuánto se podía haber conseguido, incluso sólo en los dos últimos años! ¿No estaba claro de antemano que el capital monopolista y su ejército fascista empujarían a la socialdemocracia a puñetazos y porrazos al camino de la oposición y la autodefensa? Esta previsión se tenía que haber expuesto ante toda la clase obrera, se tenía que haber tomado la iniciativa a favor del frente único, y teníamos que haber conservado en nuestras manos esta iniciativa en cada nueva fase. No era necesario gritar ni desgañitarse; era posible jugar sencillamente con mano firme. Habría bastado con formular con claridad y precisión la inevitabilidad de cada nuevo paso del enemigo y levantar un programa práctico de frente único, sin exageraciones ni regateos, pero también sin debilidad ni concesiones. ¡Qué arriba estaría el partido comunista si hubiese asimilado el ABC de la política leninista y la hubiese aplicado con la necesaria perseverancia!

4 Los veintiún errores de Thaelmann

A mediados de julio apareció un folleto con las respuestas de Thaelmann a veintiuna preguntas de obreros socialdemócratas sobre cómo se podía crear el “frente único rojo”. El folleto empieza con las palabras: “Poderosamente, ¡el frente único antifascista avanza!” El 20 de julio el partido comunista llamaba a los obreros a manifestarse en una huelga política. El llamamiento no encontró respuesta. De esta forma, en cinco días se reveló el trágico abismo entre la retórica burocrática y la realidad política.

El partido obtuvo 5,3 millones de votos en las elecciones de julio de 1931. Pregonando públicamente este resultado como una enorme victoria, el partido demostró hasta qué punto las derrotas han rebajado sus pretensiones y esperanzas. En la primera vuelta de las elecciones presidenciales, el 13 de marzo, el partido obtuvo casi 5 millones de votos. En el curso de cuatro meses y medio (¡y qué meses!) ganó por tanto escasamente 300.000 votos. La prensa comunista repitió centenares de veces en marzo que el número de votos habría sido incomparablemente mayor si se hubiese tratado de unas elecciones al Reichstag: en unas elecciones presidenciales, centenares de miles de simpatizantes consideraban superfluo perder el tiempo en una demostración “platónica”. Si se toma en consideración este comentario de marzo -y lo merece- se deduce que el partido no ha crecido en absoluto durante los últimos cuatro meses y medio.

En abril, la socialdemocracia eligió a Hindenburg, quien, después de ello, llevó a cabo un golpe de Estado dirigido directamente contra debería haber bastado para ella. Se podría pensar que este solo hecho estremecer el edificio del reformismo hasta sus mismos cimientos. Añadamos a esto la agravación posterior de la crisis con sus aterradoras consecuencias. Por último, el 20 de julio, once días antes de las elecciones, la socialdemocracia se apartó con el rabo entre las piernas ante el golpe de Estado del presidente federal que había elegido. En tales períodos, los partidos revolucionarios crecen febrilmente. Cualquier cosa que la socialdemocracia, clavada por un clavo de acero, emprenda, debe arrojar a los obreros hacia la izquierda. Pero en lugar de avanzar a zancadas con botas de siete leguas, el comunismo hace tiempo, vacila, está a la retirada y después de cada paso adelante da medio paso hacia atrás. Alegrarse de una victoria sólo porque el partido comunista no perdió votos el 31 de julio es perder por completo el sentido de la realidad.

Para entender por qué y cómo el partido revolucionario se condena a una impotencia envilecedora en condiciones políticas excepcionalmente favorables hay que leer las respuestas de Thaelman a los obreros socialdemócratas. Labor aburrida e ingrata, pero que puede ilustrar sobre lo que ocurre en la cabeza de los dirigentes estalinistas.

A la pregunta “¿Cómo valoran los comunistas el carácter del gobierno Papen?” Thaelmann da varias respuestas mutuamente contradictorias. Empieza refiriéndose al “peligro del establecimiento inmediato de la dictadura fascista”. ¿Se deduce entonces que todavía no existe Habla de forma totalmente correcta de los miembros del gobierno como “representantes del capital de los trusts, de los generales y de los junkers”. Un minuto después dice sobre el mismo gobierno: “este gabinete fascista”, y concluye su respuesta con la afirmación de que “el gobierno Papen... se ha fijado el objetivo de establecer de inmediato la dictadura fascista”.

Prescindiendo de las diferencias políticas y sociales entre el *bonapartismo*, es decir, el régimen de “paz civil” basado en una dictadura policíaco-militar, y el *fascismo*, o sea, el régimen de guerra civil abierta contra el proletariado, Thaelmann se priva por adelantado de la posibilidad de comprender qué ocurre ante sus propios ojos. Si el gabinete de Papen es un gabinete fascista, entonces, ¿de qué “peligro” fascista habla Si los obreros creen a Thaelmann cuando dice que Papen se ha fijado el objetivo (!) de establecer la dictadura fascista, entonces el probable conflicto entre Hitler y Papen-Schleicher cogerá al partido desprevenido, igual que ocurrió en su momento con el conflicto entre Papen y Otto Braun.

A la pregunta “¿Es sincero el partido comunista respecto al frente único?” Thaelmann responde naturalmente con una afirmación, y como prueba se refiere al hecho de que los comunistas no se presentaron con sombrero en mano a Hindenburg y Papen. “No, nosotros planteamos el problema de la lucha, de la lucha contra todo el sistema, contra el capitalismo. Y aquí reside el meollo de la *sinceridad* de nuestro frente único.”

Thaelmann no comprende evidentemente de qué se trata. Los obreros socialdemócratas siguen siendo socialdemócratas precisamente porque todavía creen en el camino gradual, reformista, de la transformación del capitalismo en socialismo. Puesto que no saben que los comunistas están por el derrocamiento revolucionario del capitalismo, los obreros socialdemócratas preguntan: “¿Nos proponéis sinceramente el frente único?”. Y a esto, Thaelmann responde: “Naturalmente, sinceramente, para nosotros es cuestión de derrocar todo el sistema capitalista.”

Por supuesto que nosotros no soñamos con ocultar nada de los obreros socialdemócratas. Sin embargo, hay que saber la medida de las cosas y conservar las proporciones políticas. Un propagandista hábil habría contestado: “Vosotros lo apostáis todo a la democracia; nosotros creemos que el único camino está en la revolución. Sin embargo, no podemos ni queremos hacer la revolución sin vosotros. Hitler es ahora el enemigo común. Después de vencerle, haremos el balance juntos y veremos a dónde lleva efectivamente el camino.”

El auditorio del folleto de Thaelmann (tan particular como pueda parecerlo a primera vista) escucha con indulgencia al orador e incluso coinciden con él en varias ocasiones. El secreto de su indulgencia, sin embargo, reside en que los interlocutores de Thaelmann en la conversación no sólo pertenecen a la “Acción Antifascista”, sino que también llaman a votar al partido comunista. Son antiguos socialdemócratas que se han pasado al comunismo. Semejantes reclutas sólo pueden ser bienvenidos. Pero lo decepcionante de todo el asunto es que una conversación con obreros que han roto con la socialdemocracia se venda engañosamente como una conversación con las masas socialdemócratas. Esta barata mascarada es muy característica de toda la política actual de Thaelmann y Cía.

De cualquier forma, los antiguos socialdemócratas plantearon cuestiones que en la actualidad inquietan a las masas socialdemócratas. “¿Es la “Acción Antifascista” una organización frente o se trata del partido comunista?”, preguntan. Thaelmann responde: “¡No!” ¿La prueba? La “Acción Antifascista” “no es una organización, sino un movimiento de masas”. Como si no fuera precisamente la tarea del partido comunista organizar el movimiento de masas. Todavía mejor es el segundo argumento: la “Acción Antifascista” es apartidista puesto que se dirige contra el Estado capitalista: “Karl Marx, al tratar de las lecciones de la Comuna de París, ya situó en primer plano con toda agudeza como la tarea de la clase obrera la cuestión de destruir el aparato estatal burgués.” ¡Oh, desdichada cita! Porque lo que los socialdemócratas quieren, prescindiendo de Marx, es perfeccionar el Estado burgués, pero no destruirlo. Ellos no

son comunistas, sino reformistas. A pesar de sus intenciones, Thaelmann prueba justamente lo que quería refutar: el carácter partidista de la “Acción Antifascista”.

El dirigente oficial del partido comunista no comprende obviamente ni la situación ni el pensamiento político de los obreros socialdemócratas. No comprende para qué sirve el frente único. Con cada una de sus frases, da armas a los dirigentes reformistas y arroja hacia ellos a los obreros socialdemócratas.

La imposibilidad de toda clase de acción común con la socialdemocracia es demostrada por Thaelmann de la siguiente manera: “A este respecto, nosotros [¿?] debemos reconocer claramente que la socialdemocracia, aun cuando hoy remeda un simulacro de oposición, *en ningún momento* renunciará a sus proyectos de coalición ni a sus pactos con la burguesía fascista.” Incluso si eso fuese cierto, seguiría siendo cuestión no obstante de demostrárselo a los obreros socialdemócratas a través de la experiencia. Sin embargo, es esencialmente erróneo. Si los dirigentes socialdemócratas no quieren abandonar los pactos con la burguesía, la burguesía fascista, sin embargo, abandona sus pactos con la socialdemocracia. Y este hecho puede volverse decisivo para el destino de la socialdemocracia. En el paso del poder de Papen a Hitler, la burguesía no podrá de ningún modo perdonar a la socialdemocracia. La guerra civil tiene sus leyes. El reino del terror fascista sólo podrá significar el aniquilamiento de la socialdemocracia. Mussolini empezó precisamente por ahí, de manera que pudiera aplastar con el mayor desenfreno a los obreros revolucionarios. En todo caso, los “socialfascistas” aprecian su piel. La política comunista de frente único debe partir en la actualidad del interés de la socialdemocracia por su propio pellejo. Ésa será la política más realista y, al mismo tiempo, la de consecuencias más revolucionarias.

Pero si la socialdemocracia no se separa “en ningún momento” de la burguesía fascista (aunque Matteoti “se separó” de Mussolini), ¿no tienen que abandonar su partido los obreros socialdemócratas que quieren formar parte de la “Acción Antifascista”? He ahí una pregunta. A ello Thaelmann responde: “Para nosotros, comunistas, es indudable que los obreros socialdemócratas o miembros del Reichsbanner pueden formar parte de la “Acción Antifascista” *sin* tener que abandonar su partido.” Y para mostrarse libre de sectarismo, Thaelmann añade: “Si os incorporáis a millones, en un frente cerrado, os acogeremos con alegría, aunque todavía exista una falta de claridad en vuestras cabezas, según nuestra opinión, sobre ciertas cuestiones de la apreciación del Partido Socialdemócrata de Alemania.” ¡Doradas palabras! Consideramos a vuestro partido como fascista, vosotros lo consideráis democrático, pero no discutamos sobre cuestiones insignificantes. Basta con que vengáis “a millones”, sin abandonar vuestro partido fascista. “La falta de claridad sobre ciertas cuestiones” no puede constituir un obstáculo. Pero, ¡ay!, la falta de claridad en las cabezas de los burócratas todopoderosos es un obstáculo a cada momento.

Para profundizar en la cuestión, Thaelmann sigue diciendo: “Nosotros no planteamos la cuestión entre partidos, sino sobre una base de clase.” Igual que Seydewitz, Thaelmann está dispuesto a renunciar a los intereses del partido en nombre de los intereses de la clase. La desgracia reside en que para un marxista no puede haber semejante contraste. Si su programa no fuese la formulación científica de los intereses de la clase obrera, el partido no valdría un céntimo.

Tan sólo que, junto al craso error de principio, las palabras de Thaelmann también contienen un absurdo práctico. ¿Cómo es posible no plantear la cuestión de las relaciones entre los partidos cuando es ahí precisamente donde reside la verdadera esencia de la cuestión. Millones de obreros siguen a la socialdemocracia. Otros millones, al partido comunista. A los obreros socialdemócratas que preguntan cómo llegar en la actualidad a acciones comunes contra el fascismo entre *vuestro* partido y el *nuestro*,

Thaelmann responde: “Sobre una base de clase, y no de partido” incorporaos a nosotros por millones. ¿No es ésta la más miserable ampulosidad?

“Nosotros, comunistas”, sigue Thaelmann, “no queremos la unidad a cualquier precio”. “No podemos, en interés de la unidad con la socialdemocracia, repudiar el contenido de clase de nuestra política... ni renunciar a las huelgas, a las luchas de los parados, a las acciones de los arrendatarios ni a la defensa revolucionaria de las masas.” El acuerdo sobre acciones prácticas determinadas es mal interpretado como una absurda *unidad* con la socialdemocracia. De la necesidad del asalto revolucionario final del *mañana*, se deduce la inadmisibilidad en el *presente* de huelgas comunes o acciones de autodefensa. Quienquiera que pueda ver alguna rima o razón en las ideas de Thaelmann se merece un premio.

Los oyentes de Thaelmann insisten: “¿Es posible una alianza del KPD y el SPD en la lucha contra el gobierno Papen y contra el fascismo?” Thaelmann cita dos o tres hechos como evidencia de que la socialdemocracia no lucha contra el fascismo y concluye: “Todo camarada del SPD dirá que tenemos razón al decir que una alianza entre el KPD y el SPD es imposible sobre la base de esos hechos y también por razones de principio [¡!].” De nuevo el burócrata da por sentado lo que tendría que demostrar. El ultimatismo adquiere un carácter particularmente ridículo cuando Thaelmann responde a la pregunta sobre el frente único con organizaciones que abarcan a millones de obreros. Los socialdemócratas deben reconocer que es imposible un acuerdo con su partido porque es fascista. ¿Puede prestarse mejor servicio a Wels y Leipart?

“Nosotros, comunistas, que rechazamos todo acuerdo con los dirigentes del SPD... afirmamos incansablemente que estamos dispuestos en cualquier momento a la lucha antifascista con los camaradas socialdemócratas y de la Reichsbanner verdaderamente combativos y con las organizaciones combativas de base [¿?]” ¿Dónde acaban las organizaciones de base ¿Y qué hacer si las organizaciones de base se someten a la disciplina de las superiores y proponen que las negociaciones empiecen con éstas últimas? Por último, entre las organizaciones de base y las superiores hay niveles intermedios. ¿Puede predecirse por dónde pasará la línea divisoria entre quienes quieren luchar y quienes eluden la lucha Esto sólo puede determinarse en la acción, y no con valoraciones a priori. ¿Qué sentido tiene atarse uno mismo de pies y manos?

En *Die Rote Fahne* del 29 de julio, en una información de un mitin de la Reichsbanner, se citan las notables palabras de un dirigente de sección socialdemócrata: “En las masas existe la voluntad de un frente único antifascista. Si los dirigentes dejan de tenerlo en cuenta, yo me uniré al frente único por encima de sus cabezas.” El periódico comunista reproduce estas palabras sin ningún comentario. Sin embargo, contiene la clave de toda la táctica del frente único. El socialdemócrata quiere luchar contra los fascistas junto a los comunistas. Pero ya duda sobre la buena voluntad de sus dirigentes. Si los dirigentes se niegan, dice, entonces pasará por encima de sus cabezas. Pueden contarse por decenas, por centenares, por miles, por millones, los socialdemócratas que se encuentran en el mismo estado de ánimo. La tarea del partido comunista es mostrarles en realidad si los dirigentes socialdemócratas quieren luchar o no. Esto sólo puede demostrarse mediante la experiencia, una experiencia nueva, reciente, en una situación nueva. Esta experiencia no se adquirirá de golpe. Los dirigentes socialdemócratas tienen que ser sometidos a prueba: en la fábrica y el taller, en la ciudad y en el campo, en toda la nación, en el presente y en el futuro. Debemos de repetir nuestra propuesta, presentada de una forma nueva, desde un ángulo nuevo, adaptada a una situación nueva.

Pero Thaelmann no tiene nada de ello. Sobre la base de las “diferencias de *principio* cuya existencia hemos mostrado entre el KPD y el SPD, rechazamos las

negociaciones en la cumbre con el SPD.” Este quebradizo argumento es repetido por Thaelmann varias veces. Pero si no hubiese “antagonismos de principio” no habría dos partidos. Y si no hubiera dos partidos no se plantearla la cuestión del frente único. Thaelmann quiere demostrar mucho más. Menos, sería mejor.

¿No significa “una escisión de la clase obrera organizada” la fundación de la RGO?, preguntan los obreros. No, responde Thaelmann, y como prueba cita la carta de Engels de 1895 contra los filántropos estéticosentimentales. ¿Quién le está soplando a Thaelmann tan pérfidamente tales citas? La RGO se crea en el espíritu de la unidad, y no del cisma. Además, el obrero no abandona en ningún caso su organización sindical para unirse a la RGO. Por el contrario, sería mejor que los miembros de la RGO permaneciesen en los sindicatos para llevar allí dentro una labor de oposición. Las palabras de Thaelmann pueden sonar convincentes a los comunistas que se han fijado la tarea de luchar contra la dirección socialdemócrata. Pero como respuesta a los obreros socialdemócratas, preocupados por la unidad sindical, las palabras de Thaelmann suenan a burla.

“¿Por qué habéis abandonado nuestros sindicatos y habéis organizado los vuestros aparte?”, preguntan los obreros socialdemócratas.

“Si queréis entrar en nuestra organización independiente para luchar contra la dirección socialdemócrata, no os exigimos que abandonéis los sindicatos” responde Thaelmann. Una respuesta apropiada ¡justo en el clavo!

“¿Hay democracia en el seno del KPD?”, preguntan los obreros, pasando a otro tema. Thaelmann responde afirmativamente. ¡Por completo! Pero de inmediato añade inesperadamente: “En la legalidad igual que en la ilegalidad, y más especialmente en esta última, el partido debe estar alerta contra espías, provocadores y agentes de la policía.” Esta interpolación no es accidental. La última doctrina, pregonada por todo el mundo en el folleto de un misterioso Büchner, justifica la estrangulación de la democracia en interés de la lucha contra los espías. Quienquiera que proteste contra la autocracia de la burocracia estalinista debe ser tenido al menos como sospechoso. Los agentes de policía y provocadores de todos los países se alborozan de entusiasmo con esta teoría. Ellos soltarán los perros contra los opositores con más escándalo que nadie: esto distraerá la atención de ellos mismos y les permitirá pescar en aguas revueltas.

El florecimiento de la democracia también se demuestra, según Thaelmann, por el hecho de que “los problemas se tratan en los congresos mundiales y las conferencias del comité ejecutivo de la Internacional Comunista”. El orador se olvida de decir cuándo tuvo lugar el último congreso mundial. Se lo recordaremos: en julio de 1928, ¡hace más de cuatro años! En apariencia, ninguna cuestión notable ha surgido desde entonces. ¿Por qué, preguntamos de pasada, no convoca el mismo Thaelmann un congreso extraordinario del partido alemán para las cuestiones de las que depende el destino del proletariado alemán. Ciertamente, no por un exceso de democracia partidaria.

Si Y así se suceden las páginas. Thaelmann responde a veintiuna preguntas. Cada respuesta, un error. En suma veintiún errores, sin contar los pequeños y secundarios. Y son numerosos.

Thaelmann cuenta que los bolcheviques rompieron con los mencheviques en 1903. En realidad, la escisión tuvo lugar en 1912. Pero incluso eso no impidió que la revolución de febrero de 1917 uniese las organizaciones bolcheviques y mencheviques en una gran parte del país. Aún a comienzos de abril, Stalin se declaró a favor de la unificación de los bolcheviques con el partido de Tseretelli *¡no del frente único, sino de la fusión de los partidos!* Sólo la llegada de Lenin lo impidió.

Thaelmann dice que los bolcheviques disolvieron la Asamblea Constituyente en 1917. En realidad, ocurrió a comienzos de 1918. Thaelmann no está de ningún modo familiarizado con la historia de la revolución rusa y del partido bolchevique.

Aún peor, sin embargo, es el hecho de que no comprende las bases de la táctica bolchevique. En sus artículos “teóricos”, se atreve incluso a discutir el hecho de que los bolcheviques concluyesen un acuerdo con los mencheviques y socialistas-revolucionarios contra Kornilov. Como prueba, aporta citas metidas bajo su puerta por no se sabe quién, que no tienen nada que ver con el asunto. Pero se olvida de responder las cuestiones: ¿Hubo comités de defensa popular por todo el país durante el putsch de Kornilov? ¿Dirigieron ellos la lucha contra Kornilov? ¿Pertenecieron a esos comités los representantes de los bolcheviques, mencheviques y socialistas-revolucionarios? Sí, sí, sí. ¿Estaban en esa época los mencheviques y socialistas-revolucionarios en el poder? ¿Persiguieron a los bolcheviques como agentes del estado mayor alemán? ¿Se encarceló a millares de bolcheviques? ¿Se ocultó Lenin en la ilegalidad? Sí, sí, sí. ¿Qué citas pueden refutar estos hechos históricos?

Que Thaelmann recorra a su gusto a Manuilsky, Lozovsky y a Stalin mismo (si es que abre la boca). Pero que deje en paz el leninismo y la historia de la revolución rusa: para él son libros cerrados con siete candados.

En conclusión, hay que poner de relieve otra cuestión todavía, importante por sí misma: se refiere a Versalles. Los obreros socialdemócratas preguntan si el partido comunista no está haciendo concesiones políticas al nacionalsocialismo. En su respuesta, Thaelmann sigue defendiendo la consigna de “emancipación nacional” y la sitúa al mismo nivel que la consigna de emancipación social. Las reparaciones lo que ahora queda de ellas son igual de importantes para Thaelmann que la propiedad privada de los medios de producción. Se podría decir que esta política fue ingenjada únicamente para distraer la atención de los obreros del problema fundamental, para debilitar el enfrentamiento con el capitalismo y para empujarlos a buscar al enemigo principal y al causante de su miseria al otro lado de la frontera. Sin embargo, ahora más que nunca anteriormente, “¡el enemigo principal está en el propio país!” Schleicher expresó esta idea todavía más ordinariamente: antes que nada, declaró por la radio el 26 de julio, debemos de “¡acabar con los cerdos en el interior!” Esta fórmula de soldado es excelente. La recogemos gustosamente. Todo comunista debe hacerla suya constantemente. Aun cuando los nazis distraen la atención hacia Versalles, los obreros comunistas deben replicarles con las palabras de Schleicher: no, antes que nada ¡debemos de acabar con los cerdos en el interior!

5 La confrontación de la política de Stalin-Thaelmann con su propia experiencia

La táctica se pone a prueba en los momentos más críticos y cruciales. La fuerza del bolchevismo residió en que sus consignas y métodos encontraron su máxima confirmación en el momento en que el curso de los acontecimientos exigió decisiones audaces. ¿Qué valor tienen los principios a los que se tiene que renunciar tan pronto como la situación adquiere un carácter grave?

La política realista se basa en el desarrollo natural de la lucha de clases. La política sectaria se esfuerza por dictar reglas artificiales a la lucha de clases. La situación revolucionaria significa la máxima acentuación de la lucha de clases. Precisamente por eso, la política realista del marxismo, en la situación revolucionaria, ejerce una poderosa fuerza de atracción sobre las masas. La política sectaria, por el contrario, se vuelve tanto más débil cuanto más vigoroso es el impulso de los acontecimientos. Los blanquistas y proudhonistas, tomados por sorpresa por los sucesos de la Comuna de París,, hicieron lo contrario de lo que habían predicado incesantemente. Durante la revolución rusa, los anarquistas se vieron obligados a reconocer a los sóviets es decir, los órganos de poder. Y así indefinidamente.

La Comintern se apoya en las masas ganadas en el pasado por el marxismo y fundidas por la autoridad de la revolución de Octubre. Pero la política de la fracción de Stalin, actualmente dirigente, pretende gobernar la lucha de clases, en lugar de darle una expresión política. Éste es el rasgo esencial del *burocratismo*, y en esto coincide con el sectarismo, del que se distingue claramente en otros aspectos. Gracias al potente aparato, a los medios materiales del Estado soviético y a la autoridad de la revolución de Octubre, la burocracia ha podido, en períodos relativamente tranquilos, imponer por algún tiempo trabas artificiales a la vanguardia proletaria. Pero en la medida en que la lucha de clases se condensa en guerra civil, las prescripciones burocráticas chocan crecientemente con la realidad inexorable. Enfrentada a los virajes bruscos de la situación, la burocracia orgullosa y engreída cae fácilmente en la confusión. Si no puede gobernar, capitula. La política del comité central de Thaelmann durante los últimos meses se estudiará algún día como modelo de la estupidez más lastimosa y miserable.

Desde que el “tercer periodo” ha sido considerado inviolable, no puede hablarse de acuerdos con la socialdemocracia. No sólo era inadmisibles tomar la iniciativa del frente único, como habían enseñado el II y III congresos mundiales, sino que incluso tenían que rechazarse las propuestas de acciones comunes que proviniesen de la socialdemocracia. Los dirigentes reformistas están “suficientemente desenmascarados”. La experiencia del pasado basta. En lugar de dedicarse a la política, hay que enseñar historia a las masas. Dirigir propuestas a los reformistas significa creerles capaces de luchar. Eso solo sería socialfascismo, etc. Tal era la salmodia ensordecedora del organillo ultraizquierdista durante los últimos tres o cuatro años. Pero poco después, en el Landtag prusiano, la fracción comunista proponía el 22 de junio, para sorpresa de todo el mundo y de ellos mismos., un acuerdo con la socialdemocracia e incluso con el Centro. Lo mismo se repitió en Hesse. Frente al peligro de que la presidencia del

Landtag pudiese caer en manos de los nazis, todos los principios sacrosantos fueron enviados al diablo. ¿No es esto pasmoso ¿Y no es humillante?

Explicar estas cabriolas, sin embargo, no es tan difícil. Como se sabe., muchos liberales y radicales superficiales pasan su vida burlándose de la religión y de los poderes celestiales sólo para llamar al cura cuando se enfrentan a la muerte o a una enfermedad grave. Lo mismo ocurre en política. La evidencia del centrismo es el oportunismo. Bajo la influencia de circunstancias externas (tradicción, presión de masas, competencia política) el centrismo se ve impelido a veces a hacer alarde de radicalismo. Para ello debe sobreponerse a sí mismo, violar su naturaleza política. Estimulándose con toda su fuerza, para con frecuencia en el límite extremo del radicalismo formal. Pero apenas tropieza con un peligro serio, la verdadera naturaleza del centrismo sale a la superficie. En una cuestión tan delicada como la defensa de la Unión Soviética, la burocracia estalinista siempre se basa mucho más en los radicales franceses que en el movimiento revolucionario del proletariado. No bien aparece un peligro exterior, los estalinistas sacrifican presurosamente no sólo sus frases ultraizquierdistas, sino también los intereses vitales de la revolución internacional, en nombre de la amistad con “amigos” tan inciertos y falsos como abogados, escritores y simples héroes de salón. ¿Frente único por arriba? ¡Bajo ninguna circunstancia! Al mismo tiempo, sin embargo, el Alto Comisario para Asuntos Turbios, de nombre Münzenberg, estira los faldones de toda clase de charlatanes liberales y de escritoruelos radicales “para la defensa de la URSS”.

La burocracia estalinista de Alemania, como la de cualquier otro país excepto de la Unión Soviética está extremadamente insatisfecha con la comprometedor dirección de Barbusse en el asunto del Congreso contra la Guerra. En este terreno, Thaelmann, Foster y demás prefieren ser radicales. Sin embargo, en sus propios asuntos nacionales, cada uno de ellos actúa según el mismo modelo que las autoridades de Moscú: ante la proximidad de un peligro serio, abandonan su radicalismo pomposo y falsario para revelar su naturaleza auténtica, es decir, su naturaleza oportunista.

¿Era inadmisibile y falsa, la iniciativa de la fracción comunista del Landtag como tal? No lo creemos. Los bolcheviques propusieron más de una vez a los mencheviques y socialistas-revolucionarios en 1917: “Tomad el poder, os apoyaremos contra la burguesía si ofrece resistencia.” Los compromisos son admisibles y, bajo ciertas condiciones, obligatorios. Toda la cuestión reside en cuál sea el objetivo a que servirá, el compromiso cómo lo considerarán las masas; cuáles son sus límites. Reducir el compromiso al Landtag o al Reichstag, considerar como un objetivo independiente el que sea presidente un socialdemócrata o un demócrata católico en lugar de un fascista, significa sumirse por completo en el cretinismo parlamentario. La situación es totalmente diferente cuando el partido se fija la tarea de una lucha planificada y sistemática para ganarse a los obreros socialdemócratas sobre la base de la política de frente único. Un acuerdo parlamentario contra el predominio fascista en la presidencia, etc., constituiría en este caso tan sólo una parte integrante del acuerdo de lucha extraparlamentario contra el fascismo. Naturalmente, el partido comunista preferiría resolver toda la cuestión de golpe al margen del parlamento. Pero las preferencias solas no bastan cuando se carece de fuerzas. Los obreros socialdemócratas han demostrado su confianza en el poder mágico del voto del 31 de julio. Debemos partir de este hecho. Los errores anteriores del partido comunista (referéndum prusiano, etc.) facilitaron extraordinariamente el sabotaje del frente único realizado por los dirigentes reformistas. Un acuerdo técnico parlamentario o incluso la sola propuesta de un acuerdo semejante debe ayudar a liberar al partido comunista de la acusación de que está colaborando con los fascistas contra la socialdemocracia. Esta no es una acción independiente, sino tan

sólo la clarificación del camino para un acuerdo de lucha o al menos para luchar por un acuerdo de lucha de las organizaciones de masas.

La diferencia entre las dos líneas es absolutamente evidente. La lucha conjunta con las organizaciones socialdemócratas puede y debe, en su desarrollo, adoptar un carácter revolucionario. La posibilidad de un acercamiento a las masas socialdemócratas puede y debe considerarse al precio, bajo ciertas condiciones, incluso de acuerdos parlamentarios en la cumbre. Pero para un bolchevique, éste es tan sólo el *precio de entrada*. La burocracia estalinista actúa de manera opuesta: no sólo rechaza los acuerdos de lucha, sino todavía peor, desbarata maliciosamente todo acuerdo que surja de la base. Al mismo tiempo, propone a los diputados socialdemócratas un acuerdo parlamentario. Esto significa que en el momento de peligro reconoce como inútil su propia teoría y práctica ultraizquierdista; sin embargo, no la sustituye por la política del marxismo revolucionario, sino por una combinación parlamentaria sin principios en el espíritu del “mal menor”.

Se nos responderá, claro está, que los episodios prusiano y hessiano fueron un error de los diputados, corregido por el comité central. En primer lugar, una decisión tan importante en principio no debía haberse tornado sin contar con el comité central: el error recae igualmente y por completo sobre éste; en segundo lugar: ¿cómo explicar que la política “bolchevique”, “de acero”, “consecuente”, después de meses de fanfarronerías y estridencias, de difamaciones y expulsiones, da paso de pronto en el momento crítico a un error” oportunista?

Pero la cuestión no se limita al Landtag. Thaelmann y Remmele han renegado por completo, ellos y su escuela, sobre una cuestión mucho más importante y decisiva. La víspera del 20 de julio, el comité central del partido comunista adoptaba la siguiente decisión: “El partido comunista pregunta públicamente, ante el proletariado, si el SPD, el ADGB y el Afa-Bund están dispuestos a llevar adelante, junto con el partido comunista, una huelga general por las reivindicaciones proletarias.”

Esta decisión, tan importante e inesperada, fue hecha pública por el comité central en su carta circular del 26 de julio sin ningún comentario. ¿Puede emitirse un juicio más anodador sobre toda su política precedente? El acercamiento a las cumbres reformistas con la propuesta de acciones conjuntas era considerado ayer tan sólo como socialfascista y contrarrevolucionario. A causa de esto se expulsó a comunistas. Sobre esta base, se llevó la lucha contra el “trotskismo”. ¿Cómo pudo el comité central entonces, de repente, de manera fulminante, la víspera del 20 de julio, inclinarse ante lo que el día anterior había proscrito? ¡Y a qué trágica situación ha llevado la burocracia al partido cuando el comité central puede atreverse a presentarse ante él con su asombrosa decisión sin explicarla ni justificarla!

La política se pone a prueba en tales virajes. El comité central del partido comunista alemán demostró en realidad al mundo entero la víspera del 20 de julio: “*Hasta este momento, nuestra política no ha valido para nada.*” Una concesión involuntaria, pero totalmente correcta. Desgraciadamente, incluso la propuesta del 20 de julio, que echaba por tierra la política anterior, no podía dar en ningún caso un resultado positivo. Un llamamiento a las cumbres (independientemente de su respuesta) sólo puede tener significación revolucionaria cuando ha sido previamente preparado desde la base, es decir cuando se basa en la totalidad de su política. Pero la burocracia estalinista repetía día a día a los obreros socialdemócratas: “Nosotros, los comunistas, rechazamos cualquier conexión con los dirigentes del SPID” (ver las respuestas de Thaelmann en el apartado anterior). La propuesta improvisada, inesperada e inmotivada del 20 de julio sólo sirvió para desenmascarar a la dirección comunista, revelando su inconsecuencia, su falta de seriedad, su inclinación al pánico y a los sobresaltos aventuristas.

La política de la burocracia centrista ayuda a cada paso a sus adversarios. Incluso cuando la poderosa presión de los acontecimientos empuja a cientos de miles de nuevos obreros bajo la bandera del comunismo, ello tiene lugar a pesar de la política de Stalin-Thaelmann. Precisamente Por ello, el futuro del partido no está en forma alguna garantizado.

6 Lo que se dice en Praga sobre el frente único

“Cuando la Internacional Comunista constituyó un frente único con los dirigentes socialdemócratas en 1926”, escribía el órgano central del partido comunista checoslovaco, *Rude Pravo*, el 27 de febrero de 1932, al parecer en nombre de un corresponsal obrero “desde el trabajo”, “lo hizo para *desenmascararlos* ante las masas de seguidores, y en esa época Trotsky se opuso ferozmente. Ahora, cuando la socialdemocracia se ha desacreditado por sus incontables traiciones a las luchas obreras, Trotsky propone el frente único con sus dirigentes... Trotsky está hoy contra el Comité Anglo-Ruso de 1926, pero a favor de cualquier clase de comité anglo-ruso de 1932”.

Estas líneas nos llevan derecho al meollo de la cuestión. En 1926, la Comintern pretendía “desenmascarar” a los dirigentes reformistas con la ayuda de la política de frente único, y eso era correcto. Pero desde entonces, la socialdemocracia se ha “desacreditado”. ¿Ante quién Todavía tiene más seguidores que el partido comunista. Esto es lamentable, pero cierto. De esta forma, el problema de desenmascarar a los dirigentes reformistas sigue sin resolverse. Si el método del frente único era bueno en 1926, ¿por qué tenía que ser malo en 1932

“Trotsky está a favor de un comité anglo-ruso de 1932, contra el Comité Anglo-ruso de 1926.” En 1926, el frente único se concluyó solamente en la cumbre, entre los dirigentes de los sindicatos soviéticos y los sindicalistas británicos, no en nombre de acciones prácticas precisas de las masas separadas mutuamente por fronteras estatales y condiciones sociales, sino sobre la base de una “plataforma” amistosamente diplomática y de carácter evasivo-pacifista. Durante la huelga minera, y posteriormente la huelga general, el Comité Anglo-Ruso no pudo ni siquiera reunirse puesto que los “aliados” tiraban en direcciones opuestas: los sindicatos soviéticos hicieron lo posible por ayudar a los huelguistas, los sindicalistas británicos pretendían romper la huelga. Las sustanciales aportaciones recogidas por los obreros rusos fueron rechazadas por el consejo general como “el maldito oro ruso”. Sólo después de que la huelga hubiera sido finalmente traicionada y rota, el Comité Anglo-Ruso se reunió de nuevo para celebrar un banquete e intercambiar vulgaridades. De esta forma, la política del Comité Anglo-ruso sirvió para ocultar a los rompehuelgas reformistas ante las masas obreras.

En el momento actual, hablamos de algo completamente distinto. En Alemania, los obreros socialdemócratas y comunistas están en la misma situación, ante el mismo peligro. Están mezclados en las fábricas, en los sindicatos, en los registros de desempleo, etc., No es cuestión ahora de una “plataforma” verbal de los dirigentes, sino de tareas absolutamente concretas pensadas para arrastrar a las organizaciones de masas directamente a la lucha.

La política de frente único a escala nacional es diez veces más difícil que a escala local. La política de frente único a escala internacional es cien veces más difícil que a escala nacional. Unirse con los reformistas británicos sobre una consigna tan general como la “defensa de la URSS”, o la “defensa de la revolución china” es como escribir con humo sobre las nubes. En Alemania, por el contrario, existe el peligro inmediato de destrucción de las organizaciones obreras, incluidas las socialdemócratas. Esperar que la socialdemocracia luche por la defensa de la Unión Soviética contra la burguesía alemana sería ilusorio. Sin embargo, podemos esperar ciertamente que la

socialdemocracia luche por la defensa de sus mandatos, de sus reuniones, periódicos, erarios, y, por último, de su propia cabeza.

Sin embargo, incluso en Alemania no defendemos de ninguna forma una actitud fetichista hacia el frente único. Un acuerdo es un acuerdo. Dura en tanto sirve al fin para el que se concluyó. Si los reformistas empiezan a frenar o a sabotear el movimiento, los comunistas deben de plantearles siempre: ¿no es ya momento de romper el acuerdo y conducir a las masas bajo nuestra propia bandera Semejante política no es fácil. ¿Pero quién ha dicho que llevar al proletariado a la victoria sea una tarea sencilla Al contraponer el año 1926 al año 1932 *Rude Pravo* ha demostrado tan sólo su incompreensión tanto de lo que pasó hace seis años como de lo que pasa actualmente.

El “corresponsal obrero” de un trabajo imaginario también vuelve su atención hacia el ejemplo que di sobre el acuerdo de los bolcheviques con los mencheviques y los socialistas revolucionarios. “En toda esa época”, escribe, “Kerensky luchó realmente durante un cierto tiempo contra Kornilov y, al mismo tiempo, ayudó al proletariado a aplastar a Kornilov. Que en la actualidad la socialdemocracia alemana no lucha contra el fascismo es evidente hasta para un bebé”.

Thaelmann, que en modo alguno parece un “bebé”, sostiene que nunca existió un acuerdo de los bolcheviques rusos con los mencheviques y socialistas revolucionarios. *Rude Pravo*, como vemos, sigue un camino diferente. No niega el acuerdo. Pero según su concepción, el acuerdo estaba justificado porque Kerensky luchó realmente contra Kornilov, a diferencia de la socialdemocracia, que prepara el camino del fascismo hacia el poder. La idealización de Kerensky es aquí completamente asombrosa. ¿Cuándo empezó Kerensky a luchar contra Kornilov En el momento mismo en que blandía su sable cosaco sobre la cabeza del propio Kerensky, la víspera del 26 de agosto de 1917. El día anterior, Kerensky todavía conspiraba con Kornilov con el fin de aplastar conjuntamente a los obreros y soldados de Petrogrado. Si Kerensky empezó a “luchar” contra Kornilov o, más correctamente, a no ofrecer resistencia durante cierto tiempo a la lucha contra Kornilov, fue solamente porque los bolcheviques no le dejaron otra alternativa. Que Kornilov y Kerensky, ambos conspiradores, rompieran entre sí y entraran en conflicto abierto, fue hasta cierto punto una sorpresa. Que el fascismo alemán y la socialdemocracia entrarían en colisión podía y tenía que preverse tan sólo sobre la base de las experiencias italiana y polaca. ¿Por qué podía concluirse un acuerdo con Kerensky contra Kornilov y ahora se prohíbe predicar, luchar por, defender y preparar un acuerdo con las organizaciones socialdemócratas de masas? ¿Por qué tienen que ser desbaratados tales acuerdos allí donde se han iniciado? Así es, sin embargo, cómo actúan precisamente Thaelmann y Cía.

Rude Pravo salta ferozmente sobre mis palabras de que un acuerdo sobre acciones de lucha puede realizarse con el diablo, con su abuela e incluso con Noske y Grzesinsky. “Mirad, obreros comunistas”, escribe el periódico, “tenéis que llegar a un acuerdo con Grzesinsky, que ha fusilado a tantos de vuestros camaradas de combate. Para él, llegar a un acuerdo es luchar con vosotros contra los fascistas, con quienes él conversa amistosamente en los banquetes y en los consejos de dirección de bancos y fábricas”. Toda la cuestión se desplaza aquí al plano de un sentimentalismo espurio. Semejante objeción es digna de una anarquista, de un viejo socialista revolucionario de izquierda ruso, de un “pacifista revolucionario” o del mismo Münzenberg. En ello no hay ni un viso de marxismo.

Ante todo: ¿es correcto que Grzesinsky es un verdugo obrero Totalmente correcto. Pero ¿no era Kerensky un verdugo de los obreros y campesinos en mucha mayor medida que Grzesinsky? Sin embargo, *Rude Pravo* da su beneplácito después al acuerdo práctico de Kerensky.

Apoyar al verdugo en cualquier acción dirigida contra los obreros es un crimen, cuando no una traición: en eso consistió precisamente la alianza de Stalin con Chiang Kai-shek. Pero si este mismo verdugo se encontrase mañana metido en una guerra con los imperialistas japoneses, entonces los acuerdos prácticos de lucha de los obreros chinos con el verdugo Chiang Kai-shek serían completamente tolerables e incluso obligatorios.

¿Conversa amistosamente Grzesinsky en los banquetes con los fascistas? No lo sé, pero estoy totalmente dispuesto a asegurarlo. Sin embargo, Grzesinsky tuvo que entrar posteriormente en la cárcel de Berlín, no en nombre del socialismo, cierto, sino sólo porque era reacio a ceder su cálido escaño a los bonapartistas y fascistas. Si el partido comunista hubiese declarado francamente hace un año al menos: estamos dispuestos a luchar conjuntamente incluso con Grzesinsky contra los asesinos fascistas; si hubiese conferido a esta fórmula un carácter de lucha, si lo hubiese desarrollado en discursos y artículos, si lo hubiese hecho penetrar hasta las profundidades de las masas, Grzesinsky hubiera sido incapaz de defender ante las masas su capitulación de julio refiriéndose al sabotaje del partido comunista. Habría tenido que ya sea avanzar este o aquel paso activo, ya sea desenmascarse definitivamente a los ojos de sus propios obreros. ¿No está claro?

Podemos tener por seguro que incluso si Grzesinsky fuese arrastrado a la lucha por la lógica de la situación y la presión de las masas, sería un aliado extremadamente inseguro, completamente infiel. Su idea fundamental sería pasar lo más pronto posible de la lucha o semilucha a un acuerdo con los capitalistas. Pero una vez puestas en movimiento las masas, incluso las masas socialdemócratas, no se detienen como sus jefes-policía ultrajados. El acercamiento de los obreros socialdemócratas y comunistas en el proceso de la lucha ofrecerla a los dirigentes del partido comunista una posibilidad mucho mayor de influenciar a los obreros socialdemócratas, especialmente frente al peligro común. Y ése es precisamente el objetivo final del frente único.

Reducir toda la política del proletariado a acuerdos con las organizaciones reformistas o, aún peor, a la consigna abstracta de “unidad” es algo que sólo pueden hacer los centristas pusilánimes del tipo del SAP. Para los marxistas, la política de frente único es solamente uno de los métodos en el transcurso de la lucha de clases. Bajo ciertas condiciones, este método se vuelve completamente inútil; sería absurdo querer concluir un acuerdo con los reformistas para realizar el levantamiento socialista. Pero existen condiciones bajo las cuales el rechazo del frente único puede hundir al partido revolucionario durante las décadas siguientes. Ésa es la situación en Alemania en el momento actual.

La política del frente único a escala internacional, como hemos dicho antes, se enfrenta incluso a más dificultades y peligros, puesto que en ella la formulación de las tareas prácticas y la organización del control por las masas es más difícil. Es así sobre todo en la cuestión de la lucha contra la guerra. Las perspectivas de acciones comunes son aquí mucho más escasas, las posibilidades de escapatoria y de fraude, mucho mayores. Desde luego que por esto no afirmamos que en este terreno el frente único esté excluido. Por el contrario, exigimos que la Comintern se dirija de inmediato y directamente a la Segunda Internacional y a la Internacional de Ámsterdam con la propuesta de un congreso conjunto contra la guerra. Sería puesta tarea de la Comintern el elaborar los compromisos más concretos posibles, aplicables a diversos países y a circunstancias diferentes. Si la socialdemocracia se viera obligada a convenir con semejante congreso, el problema de la guerra, con una política correcta por nuestra parte, no penetraría en sus filas como una cuña afilada.

La primera premisa para esto: la máxima claridad, tanto política como organizativa. Se trata de un acuerdo de organizaciones proletarias con millones de miembros, que aún hoy están divididas por profundos antagonismos de principio. ¡Nada de intermediarios ambiguos, nada de disfraces diplomáticos ni de fórmulas pacifistas vacías!

La Comintern, sin embargo, halló más adecuado también esta vez actuar contra el ABC del marxismo: aun cuando se negaba a entrar en negociaciones abiertas con las internacionales reformistas, iniciaba negociaciones tras bastidores con Friedrich Adler por intermedio... del señor escritor pacifista y excepcionalmente confuso, Henri Barbusse. Como resultado de esta política, Barbusse se reunió en Ámsterdam con organizaciones y grupos criptocomunistas, “próximos” o “simpatizantes”, con los mansos pacifistas de todos los países. Entre éstos, los más honestos y sinceros y son una minoría pueden decir de sí mismos: “Yo y mi confusión.” ¿Quién necesitaba esta mascarada, esta feria de engreimiento intelectualista, esta münzenberguería, que convierte en franqueza la charlatanería política?⁴

Pero volvamos a Praga. Cinco meses después de la aparición del artículo del que tratábamos antes, el mismo periódico publicó un artículo de uno de los dirigentes del partido, Klement Gottwald, que tiene el carácter de un llamamiento a los obreros checoslovacos de las diferentes tendencias para realizar acuerdos de lucha. El peligro fascista amenaza toda Europa central: la embestida de la reacción sólo puede ser rechazada mediante la unidad del proletariado; no debe perderse tiempo; faltan ya “cinco minutos para la hora”. El llamamiento está escrito muy apasionadamente. En vano, no obstante, Gottwald jura, siguiendo a Seydewitz y a Thaelmann, que no defiende los intereses del partido, sino los intereses de la clase: semejante oposición es indecorosa en boca de un marxista. Gottwald estigmatiza el sabotaje de los dirigentes socialdemócratas. No es preciso decir que en esto la verdad está completamente de su lado. Desgraciadamente, el autor no dice nada claro sobre la política del comité central del partido comunista alemán: evidentemente no está dispuesto a defenderla, pero todavía no se atreve a criticarla. El mismo Gottwald, sin embargo, aborda la cuestión más difícil, no resueltamente, es cierto, pero sí bastante correctamente. Después de haber llamado a los obreros de las diversas tendencias a llegar a un acuerdo en las fábricas, Gottwald escribe: “Muchos de vosotros diréis tal vez: uníos “en la cumbre”, nosotros, “en la base”, nos uniremos más fácilmente.” “Nosotros creemos [prosigue el autor] que lo más importante para los obreros es llegar a un acuerdo “por la base”. Y respecto a los dirigentes: ya hemos dicho que nos asociamos incluso con el diablo sólo si es para ir contra los gobernantes y en interés de los obreros. Y os lo decimos abiertamente: si vuestros dirigentes abandonan su alianza con la burguesía aunque sea por un solo instante, si actúan efectivamente contra los gobernantes aunque sólo sea en una cuestión, les daremos la bienvenida y los apoyaremos en eso.”

Aquí está dicho casi todo lo necesario, y casi en la forma en que debía de decirse. Gottwald no olvida citar ni al diablo, cuyo nombre publicó el consejo de redacción de *Rude Pravo* cinco meses antes con una indignación religiosa. En realidad, Gottwald omitió a la abuela del diablo. Que Dios esté con ella; en consideración al

⁴ El hecho de que los brandlerianos (ver el *Tribune* de Stuttgart del 27 de agosto) se separen de nosotros minuciosamente en esta cuestión también, y apoyen la mascarada de Stalin, Manuilsky, Lozovsky, Münzenberg, nos sorprende a nosotros menos que a nadie. Después de proporcionar el modelo de su política de frente único en Sajonia en 1923, Brandler-Thalheimer apoyaron en adelante la política estalinista hacia el Kuomintang y el Comité Anglo-Ruso. ¿Cómo pueden perderse la oportunidad de alistarse bajo la bandera de Barbusse? Si no lo hicieran, su fisonomía política no estaría completa. N de Trotsky.

frente único, estamos dispuestos a sacrificarla. Quizá Gottwald estaría dispuesto, por su parte, a consolar a la vieja señora, poniendo a su disposición el artículo de *Rude Pravo* del 27 de febrero, junto con el tintero del “corresponsal obrero”.

Las consideraciones políticas de Gottwald, esperamos, son aplicables no sólo a Checoslovaquia, sino también a Alemania. Y eso es justamente lo que tenla que haber dicho. Por otra parte, la dirección del partido no puede limitarse, ni en Berlín ni en Praga, a la simple declaración de su disposición al frente único con la socialdemocracia, sino que debe demostrar su disposición en los hechos, activamente, a la manera bolchevique, por medio de propuestas y acciones prácticas totalmente precisas. Eso es lo que nosotros pedimos.

El artículo de Gottwald, gracias a su tono realista, y no ultimartista, halló eco al instante entre los obreros socialdemócratas. El 31 de julio, apareció en *Rude Pravo*, entre otras, una carta de un tipógrafo en paro que había vuelto hacía poco de visitar Alemania. La carta lleva la señal de un obrero demócrata, aquejado de los prejuicios del reformismo. Lo más importante, sin embargo, es prestar atención a cómo se refleja la política del partido comunista alemán en su conciencia. “Cuando en la primavera del año pasado”, así escribe el tipógrafo, “el camarada Breitscheid dirigió un llamamiento al partido comunista para iniciar acciones conjuntas con la socialdemocracia, provocó en *Die Rote Fahne* una verdadera tormenta de indignación.” De esta forma, los obreros socialdemócratas se decían: “Ahora sabemos lo serias que son las intenciones de los comunistas sobre el frente único.”

He aquí la auténtica voz de un obrero. Una voz así ayuda más a solucionar la cuestión que docenas de artículos de plumíferos sin principios. De hecho, Breitscheid no proponía ningún frente único. Tan sólo amedrentaba a la burguesía con la posibilidad de acciones conjuntas con los comunistas. Si el comité central del partido comunista hubiese planteado rápida y correctamente la cuestión en el filo de la navaja, la dirección del partido socialdemócrata se habría visto empujada a una posición difícil. Pero el comité central del partido comunista se apresuró, como siempre, los a ponerse a sí mismo en una posición difícil.

En el folleto *¿Y ahora?* escribí sobre el discurso de Breitscheid: “¿No es de sí evidente que la propuesta equívoca y diplomática de Breitscheid tenía que haberse agarrado con ambas manos; y que teníamos que haber presentado por nuestra parte un programa práctico, concreto, cuidadosamente detallado para la lucha contra el fascismo; y que teníamos que haber exigido reuniones conjuntas de las ejecutivas de los dos partidos con la participación de las ejecutivas de los Sindicatos Libres? Al mismo tiempo, se tenía que haber difundido enérgicamente este mismo programa entre todas las capas de ambos partidos y de las masas.”

Menospreciando el globo sonda de los dirigentes reformistas, el comité central del partido comunista convirtió, en la mente de los obreros, la afirmación ambigua de Breitscheid en una propuesta directa de frente único y empujó a los obreros socialdemócratas a la conclusión: “*Nuestra gente* quiere acciones conjuntas, pero los comunistas las están saboteando.” ¿Se puede imaginar una política más estúpida e inadecuada? ¿Se podía favorecer mejor la maniobra de Breitscheid? La carta del tipógrafo de Praga demuestra con notable claridad que, con la ayuda de Thaelman, Breitscheid alcanzó plenamente su objetivo.

Rude Pravo se esfuerza por ver una contradicción y confusión en el hecho de que en un caso rechazamos un acuerdo, y en otro lo admitamos y consideremos necesario decidir de nuevo cada vez el alcance, las consignas y los métodos del acuerdo. *Rude Pravo* no entiende que en política, como en todos los otros campos serios, hay que saber bien *que, cuando, dónde y cómo*. Y tampoco puede perjudicar el saber *por qué*.

En *La Internacional Comunista después de Lenin*, escrita hace cuatro años, apuntábamos algunas reglas elementales de la política de frente único. Consideramos que merece la pena recordarlas aquí:

“El reformismo contiene siempre la posibilidad de una traición. Pero esto no significa que reformismo y traición se identifiquen a cada instante. Puede haber acuerdos provisionales con los reformistas cuando estos dan un paso adelante. Pero cuando asustados por el desarrollo del movimiento de masas traicionan a éste, mantener la coalición con ellos equivale a tolerar de una manera criminal a los traidores y disimular la traición.

He aquí la regla más importante, inquebrantable e invariable, que debe aplicarse en toda maniobra: no te permitas, jamás fundir, confundir o entrelazar tu organización de partido con la de otro, por “amistoso” que éste sea hoy. No te permitas jamás recurrir a gestiones que, directa o indirectamente, abiertamente o a escondidas, subordinen el tuyo a otros partidos o a organizaciones de otras clases, que restrinjan la libertad de tu acción o que te hagan responsable, aunque sólo sea en parte, de la línea de conducta política de otros partidos. No te permitas jamás confundir tus banderas con las suyas, y aún menos, sobra decirlo, no te arrodilles ante la bandera de otro.”⁵

Hoy, después de la experiencia del congreso de Barbusse, añadiríamos todavía una regla:

“Los acuerdos sólo deben lograrse abiertamente, a los ojos de las masas, de partido a partido, de organización a organización. No recurras a intermediarios equívocos. No vendas engañosamente los asuntos diplomáticos con pacifistas burgueses como un frente único proletario.”

⁵ *La Internacional Comunista después de Lenin*, Edicions Internacionals Sedov, páginas 85 y 89 formato pdf.

7 La lucha de clases a la luz de la coyuntura

Si hemos exigido insistentemente que se distinga entre fascismo y bonapartismo no ha sido por pedantería teórica. Los nombres se emplean para distinguir conceptos; los conceptos, en política, sirven a su vez para distinguir entre fuerzas reales. El aplastamiento del fascismo no dejaría lugar para el bonapartismo 'y, así lo esperamos, significaría la entrada directa a la revolución social.

Sin embargo, el proletariado no está armado para la revolución. Las relaciones recíprocas entre la socialdemocracia y el gobierno bonapartista, por un lado, y entre el bonapartismo y el fascismo por el otro aun cuando no resuelvan las cuestiones fundamentales señalan los caminos y el ritmo en que se prepara la lucha entre el proletariado y la contrarrevolución fascista. Las contradicciones entre Schleicher, Hitler y Wels, en la situación dada, hacen más difícil la victoria del fascismo, y abren al partido comunista un nuevo crédito, el más valioso de todos, un crédito en tiempo.

“El fascismo llegará al poder por la vía fría.” Más de una vez hemos oído esto de los teóricos estalinistas. Esta fórmula significa que los fascistas llegarán al poder legalmente, pacíficamente, por medio de una coalición, sin necesidad de un levantamiento abierto. Los acontecimientos ya han refutado este pronóstico. El gobierno Papen llegó al poder mediante un golpe de Estado, y se acabó de completar con un golpe de Estado en Prusia. Aunque aceptásemos que una coalición entre los nazis y el Centro derrocarla al gobierno bonapartista de Papen con métodos “constitucionales”, esto, en sí y por sí mismo, no resuelve nada. Entre la toma “pacífica” del poder por Hitler y el establecimiento del régimen fascista todavía hay un largo trecho. Una coalición sólo facilitaría el golpe de Estado, pero no lo sustituirla. Junto a la supresión final de la Constitución de Weimar, todavía quedarla la tarea más importante: la supresión de los órganos de democracia proletaria. Desde este punto de vista, ¿qué significa la “vía fría”? Nada más que la ausencia de resistencia por parte de los obreros. De hecho, el golpe de Estado bonapartista de Papen quedó sin respuesta. ¿También quedará sin respuesta un levantamiento fascista de Hitler? Es precisamente alrededor de esta cuestión que se vuelven, consciente o inconscientemente, las conjeturas sobre la “vía fría”.

Si el partido comunista representase una fuerza abrumadora, y si el proletariado marchase hacia adelante hacia la toma inmediata del poder, se borrarían temporalmente todas las contradicciones en el campo de las clases poseedoras: fascistas, bonapartistas y demócratas formarían un solo frente contra la revolución proletaria. Pero no es éste el caso. La debilidad del partido comunista y la división del proletariado permiten a las clases poseedoras y a los partidos a su servicio exteriorizar abiertamente sus contradicciones. Sólo apoyándose en estas contradicciones podrá reforzarse el partido comunista.

¿Pero tal vez en la altamente industrializada Alemania el fascismo, decidiría para siempre no hacer valer sus pretensiones de todo el poder? Indudablemente, el proletariado alemán es incomparablemente más numeroso y potencialmente más fuerte que el italiano. Aunque el fascismo en Alemania constituye un campo más numeroso y mejor organizado que en Italia en el período correspondiente, todavía la tarea de liquidar el “marxismo” debe parecer a los fascistas alemanes tanto difícil como arriesgada. Además, no está excluido que el cenit político de Hitler ya haya quedado

atrás. El periodo de espera demasiado largo y el nuevo obstáculo en su camino bajo la forma del bonapartismo, debilitan indudablemente al fascismo, agudiza sus fricciones internas y pueden debilitar materialmente su empuje. Pero aquí entramos en el terreno de tendencias que en el momento actual no pueden calcularse de antemano. Sólo la lucha real puede responder estas cuestiones. Construir por adelantado sobre la suposición de que el nacionalsocialismo se detendrá inevitablemente a medio camino sería de lo más superficial.

La teoría de la “vía fría” no es, llevada hasta su conclusión, en modo alguno mejor que la teoría del socialfascismo; más exactamente, sólo representa su reverso. Las contradicciones entre los componentes del campo enemigo son despreciadas por completo en ambos casos y difuminadas las fases sucesivas del proceso. El partido comunista queda totalmente al margen. No en vano, el teórico de la “vía fría”, Hirsch, fue al mismo tiempo el teórico del socialfascismo.

La crisis política del país se desarrolla sobre la base de la crisis económica. Pero la economía no es inmutable. Si ayer nos veíamos obligados a decir que la crisis coyuntural tan sólo acentúa la crisis fundamental, orgánica, del sistema capitalista, hoy debemos recordar que la decadencia general del capitalismo no excluye las fluctuaciones coyunturales. La crisis actual no durará eternamente. Las esperanzas del mundo capitalista en un cambio de la crisis son extremadamente exageradas, pero no carecen de fundamento. La cuestión de la lucha de las fuerzas políticas debe integrarse en las perspectivas económicas. El programa de Papen hace tanto más imposible el posponerlo cuanto que parte de la suposición de una próxima mejoría económica.

La reanimación industrial entra en escena para todo el mundo así que se ve que se manifiesta en la forma de circulación creciente de mercancías, ascenso de la producción y aumento del número de obreros empleados. Pero no empieza por ahí. La reanimación es precedida por procesos preparatorios en el terreno de la circulación monetaria y del crédito. El capital situado en empresas y ramas industriales irrentables debe ser liberado y convertirse en dinero líquido que busca dónde invertirse. El mercado, libre de sus capas de grasa, de sus excrescencias y tumefacciones, debe mostrar una demanda real. Los empresarios deben recobrar la “confianza” en el mercado y entre sí. Por otro lado, la “confianza” de la que tanto habla la prensa mundial debe ser estimulada no sólo por factores económicos, sino también políticos (reparaciones, deudas de guerra, desarme-rearme, etc).

Un aumento de la circulación de mercancías, de la producción, del número de obreros empleados, no se ve todavía por ninguna parte; por el contrario el descenso continúa. Respecto a los procesos preparatorios para un cambio de la crisis, ya han realizado la mayor parte de las tareas que se les asignaron. Muchos indicios nos permiten suponer realmente que el momento del cambio de coyuntura se aproxima, si es que no es inminente. Esta es la apreciación, vista a escala mundial.

Sin embargo, debemos de hacer una distinción entre los países acreedores (Estados Unidos, Inglaterra, Francia) y los países deudores, o más exactamente, los países en bancarrota; el primer lugar del segundo grupo lo ocupa Alemania. Alemania no tiene capital líquido. Su economía sólo puede percibir un empuje mediante una entrada de capital desde el exterior. Pero un país que no está en condiciones de pagar sus antiguas deudas no obtiene ningún préstamo. En cualquier caso, antes de que los acreedores abran sus bolsillos deben convencerse de que Alemania está de nuevo en condiciones de exportar más de lo que necesita importar; la diferencia tiene que servir para cubrir las deudas. La demanda de mercancías alemanas debe esperarse ante todo de los países agrarios, en primer lugar de la Europa del Sur. Los países agrarios, por su parte, dependen de la demanda de los países industriales de materias primas y productos

alimenticios. Por tanto Alemania se verá obligada a esperar; la cadena revitalizadora tendrá que atravesar primero toda la serie de competidores capitalistas y de sus compañeros agrarios antes de que afecte a la propia recomposición económica de Alemania.

Pero la burguesía alemana no puede esperar. La camarilla bonapartista puede esperar aún menos. Aun cuando promete no tocar la estabilidad de la moneda, el gobierno Papen da paso a una inflación considerable. Junto a los discursos sobre el renacer del liberalismo económico, adopta el método administrativo respecto al ciclo económico; en nombre de la libertad de la iniciativa privada, subordina directamente a los contribuyentes a los empresarios capitalistas.

El eje alrededor del cual gira el programa del gobierno es la esperanza de un cambio inmediato en la crisis. Si éste no tiene lugar pronto, los dos mil millones⁶ se evaporarán como dos gotas de agua sobre una plancha ardiendo. El plan de Papen tiene un carácter inconmensurablemente más arriesgado y especulativo que el movimiento a la alza que tiene lugar actualmente en la bolsa de Nueva York. En cualquier caso, las consecuencias de un fracaso del juego bonapartista serían mucho más catastróficas.

El resultado más inmediato y tangible de la brecha existente entre los planes del gobierno y el movimiento actual del mercado sería la caída del marco. Los males sociales, aumentados por la inflación, adquirirán un carácter insoportable. La bancarrota del programa económico de Papen exigirá su sustitución por otro más efectivo. ¿Cuál? El programa del fascismo, evidentemente. Una vez fracasado el intento de forzar la recuperación mediante la terapia bonapartista, habrá que probar con la cirugía fascista. Entretanto, la socialdemocracia hará gestos “de izquierda” y caerá hecha pedazos. El partido comunista, si él mismo no pone obstáculos en su propio camino, crecerá. En conjunto, esto significará una situación revolucionaria. La cuestión de las perspectivas de victorias bajo estas circunstancias es en sus tres cuartas partes una cuestión de la estrategia comunista.

Pero el partido revolucionario también tiene que estar preparado para otra perspectiva, la de una rápida aparición de un cambio en la crisis. Aceptemos que el gobierno Schleicher-Papen se mantenga hasta el comienzo de una reanimación del comercio y la industria. ¿Se salvaría por ello No, el comienzo de un movimiento ascendente en los negocios significaría el final seguro del bonapartismo, y podría significar todavía más.

Las fuerzas del proletariado alemán no están agotadas. Pero han sido minadas por los sacrificios, derrotas y decepciones, empezando por 1914, por las traiciones sistemáticas de la socialdemocracia, por el descrédito que el partido comunista ha acumulado sobre sí mismo. Seis o siete millones de parados son una pesada carga que cuelga de los pies del proletariado. Los decretos de emergencia de Brüning y Papen no han encontrado ninguna resistencia. El golpe de Estado del 20 de julio ha quedado impune.

Podemos predecir con plena seguridad que un cambio ascendente de la coyuntura daría un poderoso empuje a la actividad del proletariado, actualmente en descenso. En el momento en que la fábrica deja de despedir obreros y contrata otros nuevos, la autoconfianza de los obreros se fortalece; son necesarios de nuevo. El resorte comprimido empieza a distenderse nuevamente. Los obreros entran siempre más fácilmente en la lucha para reconquistar las posiciones perdidas que para conquistar otras nuevas. Y los obreros alemanes han perdido demasiado. Ni los decretos de emergencia ni el empleo de la Reichswehr podrán suprimir las huelgas de masas que se

⁶ Cifra de marcos en certificados de exacción concedidos a los capitalistas como bonificación bajo el programa Pape.

desarrollarán sobre la oleada del ascenso. El régimen bonapartista, que sólo puede mantenerse mediante la “paz social”, será la primera víctima del cambio ascendente en la coyuntura.

Un ascenso de las luchas huelguísticas se observa ya en diversos países (Bélgica, Inglaterra, Polonia, en los Estados Unidos parcialmente, pero no en Alemania). Una valoración de las huelgas de masas que ahora tienen lugar, a la luz de la coyuntura económica mundial, no es tarea fácil. Las estadísticas son inevitablemente lentas para reflejar las oscilaciones de la coyuntura. La reactivación debe de ser un hecho antes de que pueda registrarse. Los obreros sienten por lo general la reactivación de la vida económica antes que los estadísticos. Nuevos pedidos, o incluso la expectativa de nuevos pedidos, la reorganización de las empresas para la expansión de la producción o al menos la interrupción del despido de obreros, aumentan inmediatamente la fuerza de resistencia y las reivindicaciones de los obreros. La huelga defensiva de los obreros textiles de Lancashire fue provocada indudablemente por un cierto ascenso en la industria textil. Respecto a la huelga belga, tiene lugar evidentemente sobre la base de la actual profundización de la crisis de la industria del carbón. El carácter transitorio y crítico de la fase actual de la coyuntura económica mundial corresponde a la diversidad de los impulsos económicos que se hallan en la base de las huelgas más recientes. Pero en general, el ascenso del movimiento de masas tiende más bien a señalar la existencia de una tendencia ascendente que ya se vuelve casi perceptible. En cualquier caso, una reactivación real de la actividad económica, incluso en sus primeras fases, provocará un amplio ascenso de la lucha de masas.

Las clases dominantes de todos los países esperan milagros del ascenso industrial; la especulación bursátil que ya se ha desencadenado es una prueba de ello. Si el capitalismo fuese realmente a entrar en la fase de una nueva prosperidad o incluso de un auge gradual pero persistente, ello implicaría naturalmente la estabilización del capitalismo, acompañada de un debilitamiento del fascismo y un reforzamiento simultáneo del reformismo. Pero no hay la menor base para esperar o temer que la reactivación económica, que es en sí y de sí mismo inevitable, pueda superar las tendencias generales de decadencia de la economía mundial y de la economía europea en especial. Si el capitalismo de la preguerra se desarrolló bajo la fórmula de una producción ampliada de mercancías, el capitalismo actual, con todas sus fluctuaciones cíclicas, representa una producción ampliada de miseria y de catástrofes. El nuevo ciclo económico ocasionará el reajuste inevitable de fuerzas dentro de los países individuales igual que dentro del campo capitalista en su conjunto, y sobre todo entre América y Europa. Pero en un plazo de tiempo muy corto, ello confrontará al mundo capitalista con contradicciones insolubles y lo condenará a convulsiones nuevas y todavía más terribles.

Sin riesgo de error, podemos hacer el pronóstico siguiente: la reactivación económica bastará para fortalecer la autoconfianza de los obreros y darle un nuevo empuje a su lucha, pero no bastará en modo alguno para dar al capitalismo, y en especial al capitalismo europeo, la posibilidad de renacer.

Las conquistas prácticas que el nuevo ascenso coyuntural del capitalismo decadente abrirá al movimiento obrero tendrán necesariamente un carácter muy limitado. ¿Podrá el capitalismo alemán, en el cénit de la reanimación de la actividad económica, restablecer las condiciones de la clase obrera que existían antes de la crisis actual? Todo nos lleva a responder de antemano “no” a esta pregunta. El movimiento de masas, salido de su letargo, tendrá que lanzarse con la mayor rapidez por el camino de la política.

Igualmente, el primer paso mismo de la reactivación industrial será extremadamente peligroso para la socialdemocracia. Los obreros se lanzarán a la lucha para volver a ganar lo que han perdido. Los dirigentes de la socialdemocracia basarán de nuevo sus esperanzas en el restablecimiento del orden “normal”. Su principal intención será volver a demostrar su disposición para participar en un gobierno de coalición. Dirigentes y masas tirarán en direcciones opuestas. Para explotar a fondo la nueva crisis del reformismo, los comunistas precisan una orientación correcta en los cambios coyunturales y preparar con suficiente tiempo un programa de acción práctico, que parta ante todo de las pérdidas sufridas por los obreros durante los años de crisis. La transición de las luchas económicas a las políticas será un momento particularmente favorable para el acrecentamiento de la fuerza y la influencia del partido proletario revolucionario.

Pero los éxitos, en este terreno lo mismo que en los demás, sólo pueden lograrse bajo una condición: la aplicación correcta de la política de frente único. Para el Partido Comunista de Alemania esto significa, ante todo, poner fin a la política actual de sentarse sobre dos sillas en el terreno sindical; un curso decidido hacia los Sindicatos Libres, introduciendo a los cuadros de la RGO en sus filas; el comienzo de una lucha sistemática por influenciar a los consejos de fábrica por medio de los sindicatos; y la preparación de una amplia campaña bajo la consigna del control obrero de la producción.

8 El cambio hacia el socialismo

Kautsky y Hilferding, entre otros, han afirmado más de una vez en los últimos años que ellos nunca compartieron la teoría del hundimiento del capitalismo, que los revisionistas va atribuyeron a los marxistas y que los kautskistas ahora atribuyen a los comunistas.

Los bernsteinianos trazaron dos perspectivas: una, irreal, pretendidamente “marxista” ortodoxa, según la cual, a la larga, bajo la influencia de las contradicciones internas del capitalismo, se suponía que tendría lugar su hundimiento mecánico; y la segunda, “realista”, según la cual iba a realizarse una evolución gradual del capitalismo al socialismo. Pese a que estos dos esquemas puedan parecer antitéticos a primera vista, están unidos sin embargo por un rasgo común: la ausencia del factor revolucionario. Aun cuando rechazaron la caricatura del hundimiento automático del capitalismo que se les atribula, los marxistas demostraron que, bajo la influencia de la agudización de la lucha de clases, el proletariado llevaría a cabo la revolución mucho antes de que las contradicciones objetivas del capitalismo pudiesen llevar a su hundimiento automático.

Este debate se desarrolló a lo largo de finales del siglo pasado. Hay que reconocer, sin embargo, que la realidad capitalista desde la guerra se aproximó, en cierto sentido, mucho más a la caricatura bernsteiniana del marxismo de lo que nadie podía haber pensado, y menos que nadie, los mismos revisionistas, puesto que ellos hablan dibujado el fantasma del hundimiento solamente para demostrar su carácter irreal. No obstante, el capitalismo demuestra en la actualidad que está tanto más cerca de la putrefacción cuanto más se demora la intervención revolucionaria del proletariado en el destino de la sociedad.

El elemento más importante de la teoría del hundimiento era la teoría de la pauperización. Los marxistas afirmaban, con cierta prudencia, que la agudización de las contradicciones sociales no tenía que significar incondicionalmente una disminución absoluta del nivel de vida de las masas. Pero en realidad, es este último proceso el que está ocurriendo precisamente. ¿En qué podía expresarse con mayor agudeza el hundimiento del capitalismo que en un paro crónico, en la desaparición de la seguridad social, es decir, en el rechazo del orden social a alimentar a sus propios esclavos?

Los frenos oportunistas en la clase obrera han demostrado ser lo bastante poderosos como para asegurar a las fuerzas elementales del capitalismo condenado varias décadas de respiro. Como resultado, no ha tenido lugar el idilio de la transformación pacífica del capitalismo en socialismo, sino un estado de cosas infinitamente más cercano a la descomposición social.

Los reformistas intentaron durante largo tiempo descargar sobre la guerra la responsabilidad de situación actual de la sociedad. Pero, en primer lugar, la guerra no originó las tendencias destructivas del capitalismo, tan sólo las hizo salir a la superficie y las precipitó; en segundo lugar, la guerra habría sido incapaz de realizar su labor de destrucción sin el apoyo político del reformismo; en tercer lugar, las contradicciones sin salida del capitalismo preparan, desde varios lados, nuevas guerras. El reformismo no podrá descargarse de la responsabilidad histórica. Al frenar y paralizar la energía revolucionaria del proletariado, la socialdemocracia internacional reviste el proceso del hundimiento capitalista con las formas más ciegas, desenfrenadas, catastróficas y sangrientas. Por supuesto que no puede hablarse de una realización de la caricatura revisionista del marxismo más que condicionalmente, al aplicarla a algún período

histórico determinado. Sin embargo, la salida del capitalismo decadente se hallará, aunque sea con gran retraso, no por el camino del hundimiento automático, sino por el de la revolución.

La crisis actual ha barrido con un último escobazo los residuos de las utopías reformistas. La práctica oportunista no dispone en la actualidad de absolutamente ninguna cobertura teórica. Pues al fin y al cabo, a Wels, Hilferding, Grzesinsky y Noske les son indiferentes las catástrofes que puedan caer sobre las cabezas de las masas populares, sólo con tal de que sus propios intereses permanezcan a salvo. Sin embargo, la situación es tal que la crisis del régimen burgués también golpea a los dirigentes reformistas.

“¡Estado, actúa, intervén!”, gritaba todavía hace muy poco la socialdemocracia, mientras retrocedía ante el fascismo. Y el Estado actuó: Otto Braun y Severing fueron arrojados a la calle. Ahora, escribía *Vorwärts*, todo el mundo debe reconocer las ventajas de la democracia sobre el régimen dictatorial. Sí, la democracia tiene ventajas sustanciales, discurría Grzesilsky mientras conocía la cárcel por dentro.

De esta experiencia se extrajo esta conclusión: “¡Ya es hora de pasar a la socialización!” Tarnow, todavía ayer médico del capitalismo, decidió repentinamente convertirse en su sepulturero. Ahora que el capitalismo ha dejado en paro a los ministros, jefes de policía y altos funcionarios reformistas, está manifiestamente agotado. Wels escribe un artículo programático, “¡Ha sonado la hora del socialismo!” Sólo falta que Schleicher prive de su sueldo a los diputados, y a los antiguos ministros de su pensión para que Hilferding escriba un estudio sobre el papel histórico de la huelga general. El viraje “a la izquierda” de los dirigentes socialdemócratas sobresalta por su torpeza y su falsedad. Esto no significa de ningún modo, sin embargo, que la maniobra esté condenada de antemano al fracaso. Este partido, cargado de crímenes, todavía se encuentra a la cabeza de millones de obreros. No caerá por sí mismo. Hay que saber cómo derrocarlo.

El partido comunista afirmará que el curso Wels-Tarnow hacia el socialismo es una nueva forma de engañar a las masas, y tendrá razón. Explicará la historia de las “socializaciones” socialdemócratas de los pasados catorce años, y eso será útil. Pero es insuficiente: la historia, incluso la más reciente, no puede ocupar el lugar de la política activa.

Tarnow intenta reducir la cuestión de la vía reformista o revolucionaria hacia el socialismo a la simple cuestión del “ritmo” de las transformaciones. Como teórico, no se puede caer más bajo. El ritmo de las transformaciones socialistas depende, en realidad, del estado de las fuerzas productivas del país, de su cultura, de la cantidad de gastos necesarios para la defensa, etc. Pero las transformaciones socialistas, las rápidas lo mismo que las lentas, sólo son posibles si a la cabeza de la sociedad se halla una clase interesada en el socialismo, y a la cabeza de esta clase se halla un partido que no engaña a los explotados, y que siempre está listo para aplastar la resistencia de los explotadores. Debemos explicar a los obreros que en eso consiste precisamente el régimen de la *dictadura del proletariado*.

Pero eso tampoco basta. Desde el momento en que se trata de los problemas candentes del proletariado mundial, no se puede olvidar Como hace la Comintern la existencia de la Unión Soviética. Respecto a Alemania, la tarea del momento no sería iniciar la construcción socialista por vez primera, sino unir las fuerzas productivas de Alemania, su cultura, su genio técnico y organizativo con la construcción socialista ya iniciada en la Unión Soviética.

El partido comunista alemán se limita a elogiar simplemente los éxitos soviéticos y a este respecto comete exageraciones groseras y peligrosas. Es incapaz de

ligar la construcción socialista en la URSS, sus enormes experiencias y sus logros valiosos, con las tareas de la revolución proletaria en Alemania. La burocracia estalinista, por su parte, es totalmente incapaz de prestar la menor ayuda al partido comunista alemán sobre este asunto extremadamente importante: sus perspectivas se limitan a un solo país.

A los proyectos incoherentes y de un capitalismo de Estado vergonzante de la socialdemocracia, hay que oponer *un plan general para la construcción socialista común de la URSS y Alemania*. Nadie exige que sea elaborado inmediatamente un plan detallado. Basta un bosquejo preliminar. Los ejes fundamentales son necesarios. Este plan debe convertirse en tema de discusión tan pronto como sea posible en todas las organizaciones de la clase obrera alemana, principalmente en sus sindicatos.

Hay que hacer participar en esta discusión a las fuerzas progresivas de entre los técnicos, estadísticos y economistas alemanes. Los debates sobre la economía planificada, tan extendidos en Alemania, al reflejar la desesperación del capitalismo alemán, siguen siendo puramente académicos, burocráticos, mortecinos, pedantes. Sólo la vanguardia comunista es capaz de hacer salir el tratamiento de la cuestión del círculo vicioso.

La construcción del socialismo ya está en marcha, hay que tender un puente por encima de las fronteras estatales para que esta labor pueda proseguir. He aquí el primer plan: ¡estudiadlo mejoradlo, concretadlo!, ¡obreros, elegid comisiones especiales para el plan! ¡Encargadles que entren en contacto con los sindicatos y órganos económicos de los sóviets! ¡Cread sobre la base de los sindicatos alemanes, los comités de fábrica y otras organizaciones obreras una comisión central del plan que se ponga en contacto con la Gosplan de la URSS! ¡Atraed a esta labor a los ingenieros, administradores y economistas alemanes!

Éste es el único enfoque correcto de la cuestión de la economía planificada, hoy, en el año 1932, tras quince años de existencia de los sóviets, tras catorce años de convulsiones en la república capitalista alemana.

Nada más fácil que ridiculizar a la burocracia socialdemócrata, empezando por Wels, que ha entonado un Cantar de los Cantares al socialismo. Sin embargo, no hay que olvidar que los obreros reformistas tienen una actitud totalmente seria ante la cuestión del socialismo. Hay que tener una actitud seria hacia los obreros reformistas. Aquí el problema del frente único surge de nuevo en toda su amplitud.

Si la socialdemocracia se señala como tarea (sabemos que sólo de palabra) no salvar el capitalismo, sino construir el socialismo, debe buscar un acuerdo con los comunistas, y no con el Centro. ¿Rechazará el partido comunista semejante acuerdo De ningún modo. Por el contrario, propondrá tal acuerdo, lo exigirá ante las masas como rescate por el pagaré socialista recién firmado.

La ofensiva del partido comunista hacia la socialdemocracia debe avanzar en el momento actual por tres frentes. La tarea de aplastar al fascismo conserva toda su agudeza. La batalla decisiva del proletariado contra el fascismo indicará el choque simultáneo con el aparato estatal bonapartista. Esto convierte la *huelga general* en una herramienta indispensable de combate. Hay que prepararla. Hay que elaborar un plan especial para la huelga general, es decir, un plan para movilizar las fuerzas que puedan realizarla. Partiendo de este plan, hay que desarrollar una campaña de masas; sobre esta base, puede proponerse a la socialdemocracia un acuerdo para llevar a cabo la huelga general bajo condiciones políticas perfectamente definidas. Repetida y concretada en cada nueva fase, esta proposición llevará, en el proceso de su desarrollo, a la creación de *los sóviets como los órganos superiores del frente único*.

Que el plan económico de Papen, convertido ahora en ley, acarrea al proletariado alemán una miseria sin precedentes lo reconocen de palabra también los dirigentes de la socialdemocracia y de los sindicatos. En la prensa, se expresan con una vehemencia que no había utilizado desde hacía mucho tiempo. Entre sus palabras y sus hechos hay un abismo; *nosotros* lo sabemos muy bien, pero hay que saber cómo tomarles la palabra. *Hay que elaborar un conjunto de medidas de lucha comunes contra el régimen de los decretos de emergencia y el bonapartismo.* Esta lucha, impuesta al proletariado por toda la situación, no puede llevarse, por su naturaleza misma, en el marco de la democracia. Una situación en que Hitler dispone de un ejército de 400.000 hombres, Papen-Schleicher, junto a la Reichswher, disponen de un ejército semiprivado (la Stahlhelm) de 200.000 hombres, la democracia burguesa dispone del ejército semitolerado (la Reichsbanner), el partido comunista, del ejército del Frente Rojo, prohibido; tal situación muestra el problema del Estado como un problema de fuerza. ¡No puede imaginarse mejor escuela revolucionaria!

El partido comunista debe decir a la clase obrera: Schleicher no será derrocado mediante el juego parlamentario. Si la socialdemocracia quiere proponerse actuar para derrocar al gobierno bonapartista por otros medios, el partido comunista está dispuesto a ayudar a la socialdemocracia con toda su fuerza. Al mismo tiempo, los comunistas se comprometen a no emplear métodos violentos contra un gobierno socialdemócrata en tanto este se base sobre la mayoría de la clase obrera y garantice al partido comunista la libertad de agitación y organización. Tal forma de plantear la cuestión será comprensible para cualquier obrero socialdemócrata o sin partido.

El tercer frente, por último, es la *lucha por el socialismo*. También en esto el hierro hay que forjarlo mientras está al rojo, y hay que arrinconar a la socialdemocracia con un plan concreto de colaboración con la URSS. Ya se ha dicho más arriba lo que se necesita sobre este aspecto.

Naturalmente que estos sectores de lucha, de diversa importancia en la perspectiva estratégica global, no están separados unos de otros, sino más bien interrelacionados. La crisis política de la sociedad exige la combinación de las cuestiones parciales con las generales: en eso precisamente reside la esencia de la situación revolucionaria.

9 El único camino

¿Puede esperarse que el comité central del partido comunista dé por sí mismo un viraje hacia el camino correcto? Todo su pasado demuestra que es incapaz de hacerlo.

Apenas había empezado a enmendarse cuando se halló ante la perspectiva del “trotskismo”. Si Thaelmann no lo entendió de inmediato, se le explicó desde Moscú que la “parte” tenía que sacrificarse por el bien del “todo”, es decir, los intereses de la revolución alemana por el bien de los intereses del aparato estalinista. Los confusos intentos de revisar la política fueron una vez más abandonados. La reacción burocrática triunfó de nuevo en toda la línea.

Por supuesto que no es asunto de Thaelmann. Si la Comintern de hoy diese a sus secciones la posibilidad de vivir, de pensar y de desarrollarse, habrían podido seleccionar, hace tiempo, durante los últimos quince años, a sus propios cuadros dirigentes. Pero la burocracia levantó en su lugar un sistema de nombramiento de dirigentes y de su apoyo mediante una publicidad artificial. Thaelman es, al mismo tiempo, producto y víctima de este sistema.

Los cuadros, paralizados en su desarrollo, debilitan al partido. Suplen su insuficiencia mediante la represión. Las vacilaciones e incertidumbre del partido se transmiten inexorablemente a la clase en su conjunto. No se puede llamar a las masas a acciones audaces cuando el partido mismo carece de determinación revolucionaria.

Incluso si Thaelmann recibiese mañana un telegrama de Manuilsky sobre la necesidad de volver a la política de frente único, el nuevo zigzag por arriba daría poco resultado. La dirección está demasiado comprometida. Una política correcta exige un régimen sano. La democracia en el partido, en la actualidad un juguete de la burocracia, debe volver a ser una realidad. El partido debe convertirse en un partido; entonces las masas crearán en él. En la práctica, esto significa poner en el orden del día *un congreso extraordinario del partido y un congreso extraordinario de la Comintern*.

El congreso del partido debe ser precedido, naturalmente, de una discusión completa. Todos los obstáculos del aparato deben ser suprimidos. Cualquier organización del partido, cualquier núcleo tiene el derecho a llamar a sus reuniones a cualquier comunista, miembro del partido o expulsado de él, si lo considera necesario para formarse su opinión. La prensa debe ponerse al servicio del debate; en todos los periódicos del partido debe asignarse diariamente el espacio suficiente para los artículos críticos. Comisiones especiales de prensa, elegidas en las asambleas generales de miembros del partido, deben velar para que los periódicos sirvan al partido, y no a la burocracia.

La discusión, ciertamente, exigirá no poco tiempo y energía. El aparato argumentará: “¿cómo puede permitirse el partido “el lujo de una discusión” en un periodo tan crítico? Los salvadores burocráticos creen que en condiciones difíciles el partido debe callarse. Los marxistas, por el contrario, creen que cuanto más difícil es la situación, más importante es el papel independiente del partido.

La dirección del partido bolchevique gozaba, en 1917, de un gran prestigio. Y a pesar de ello, una serie de profundas discusiones tuvieron lugar en el partido durante el año 1917. La víspera de la convulsión de Octubre, todo el partido discutía apasionadamente sobre cuál de los dos sectores del comité central tenía razón: la mayoría, que estaba a favor del levantamiento, o la minoría, que estaba en contra. En

ninguna parte hubo expulsiones ni represiones en general, a pesar de la profundidad de las diferencias de opinión. Las masas sin partido fueron atraídas a estas discusiones. En Petrogrado una reunión de trabajadoras sin partido envió una delegación al comité central para apoyar a la mayoría. Por descontado que la discusión exigía tiempo. Pero a cambio, del desarrollo de la discusión abierta, sin amenazas, mentiras ni falsificaciones, salió la certeza general e inquebrantable de la corrección de la política, es decir, de lo único que hace posible la victoria.

¿Qué curso seguirán las cosas en Alemania? ¿Conseguirá la pequeña rueda de la oposición girar a tiempo la enorme rueda del partido Así está ahora la cuestión? A menudo se levantan voces pesimistas. En los diversos grupos comunistas, en el partido mismo, así como en su periferia, hay no pocos elementos que se dicen: sobre cada cuestión importante, la Oposición de Izquierda tiene una posición correcta. Pero es débil.

Sus cuadros son numéricamente débiles, y políticamente inexpertos. ¿Puede una organización semejante, con un pequeño periódico semanal (*Die Permanente Revolution*), oponerse con éxito a la poderosa máquina de la Comintern

Las lecciones de los acontecimientos son más fuertes que la burocracia estalinista. Nosotros queremos ser, ante las masas comunistas, los intérpretes de esas lecciones. En eso reside nuestro papel histórico como fracción. Nosotros no pedimos, como Seydewitz y Cia., que el proletariado revolucionario nos dé una confianza a crédito. Nos asignamos un papel más modesto: proponemos nuestra ayuda a la vanguardia comunista en la elaboración de una línea correcta. Para esta labor, agrupamos y educamos a nuestros propios cuadros. Este estadio de preparación no puede saltarse. Cada nueva fase de la lucha empujará a nuestro lado a los elementos proletarios más conscientes y críticos.

El partido revolucionario empieza con una idea, un programa, que se dirige contra el aparato más poderoso de la sociedad de clases. No son los cuadros quienes crean la idea, sino la idea la que crea los cuadros. El temor a la fuerza del aparato es uno de los rasgos más notables del oportunismo específico que cultiva la burocracia estalinista. La crítica marxista es más fuerte que cualquier aparato.

Las formas organizativas que adoptará la Oposición de Izquierda en su evolución posterior dependerán de muchas circunstancias: el peso de los golpes históricos, el grado de fuerza de resistencia de la burocracia estalinista, la actividad de los simples comunistas, la energía de la oposición misma. Pero los principios y métodos por los que luchamos han sido puestos a prueba por los mayores acontecimientos de la historia mundial, tanto por las victorias como por las derrotas. Ellos harán su camino.

Los éxitos de la oposición en todos los países, incluida Alemania, son evidentes e indiscutibles. Pero se desarrollan más lentamente de lo que muchos de nosotros esperábamos. Podemos lamentarlo, pero no necesitamos extrañarnos. A cualquier comunista que empieza a oír a la Oposición de Izquierda, la burocracia le plantea cínicamente esta elección: o participar en la lucha contra el “trotskismo”, o ser arrojado de las filas del Comintern. Para el funcionario del partido, es una cuestión de puesto y salario: el aparato estalinista sabe emplear esta llave a la perfección. Pero son infinitamente más importantes los miles de simples comunistas desgarrados entre su entrega a las ideas del comunismo y la amenaza de expulsión de las filas de la Comintern. Por eso, en las filas del partido comunista oficial existe un gran número de opositoristas parciales, amedrentados o escondidos.

Esta combinación extraordinaria de condiciones históricas explica suficientemente el lento crecimiento organizativo de la Oposición de Izquierda. Al mismo tiempo, a pesar de esta lentitud, la vida espiritual de la Comintern gira hoy, más

que nunca, alrededor de la lucha contra el “trotskismo”. Las revistas y los artículos teóricos de los periódicos del PCUS, lo mismo que los de las demás secciones de la Comintern, están dedicados principalmente a la lucha contra la oposición de Izquierda, tanto cubierta como encubiertamente. Todavía más sintomática es la significación de la furiosa persecución organizativa del aparato contra la oposición: sabotaje de sus reuniones por métodos brutales; empleo de toda clase de violencia física; acuerdos entre bastidores con pacifistas burgueses, radicales franceses y francmasones contra los “trotskistas”; propagación por el centro estalinista de calumnias envenenadas, etc.

Los estalinistas sienten más de cerca y saben mejor que los opositores en qué medida nuestras ideas están minando los pilares de su aparato. Los métodos de autodefensa de la fracción estalinista, no obstante, tienen un doble filo. Hasta cierto punto, tienen un efecto intimidador. Pero al mismo tiempo, preparan una reacción de masas contra el sistema de falsificación y de violencia.

Cuando en julio de 1917 el gobierno de los mencheviques y socialistas revolucionarios tildaron a los bolcheviques de agentes del estado mayor alemán, esta despreciable medida logró ejercer al principio una gran influencia sobre los soldados., los campesinos y los estratos atrasados de los obreros. Pero cuando todos los acontecimientos subsiguientes confirmaron claramente cuánta razón habían tenido los bolcheviques, las masas empezaron a decirse, se ha calumniado deliberadamente a los leninistas, se les ha perseguido tan vilmente sólo porque tenían razón. Y el sentimiento de recelo hacia los bolcheviques se convirtió en cálida devoción y en amor hacia ellos. Aunque bajo diferentes condiciones, este mismo proceso complejo tiene lugar ahora. Mediante una acumulación monstruosa de calumnias y represiones, la burocracia estalinista ha logrado innegablemente intimidar durante un periodo de tiempo a los simples miembros del partido; al mismo tiempo, prepara una rehabilitación total de los bolchevique-leninistas a los ojos de las masas revolucionarias. En la época actual, no puede quedar la menor duda sobre esto.

Sí, hoy todavía somos débiles. El partido comunista todavía tiene masas, pero ya no tiene ni doctrina ni orientación estratégica. La Oposición de Izquierda ya ha elaborado su orientación marxista, pero todavía no tiene masas. Los otros grupos de la “izquierda” no tienen ni lo uno ni lo otro. El Leninbund se consume sin esperanzas, pensando en sustituir una seria política de principio con las fantasías y caprichos individuales de Urbahns. Los brandleristas, a pesar de los cuadros de su aparato, descienden peldaño a peldaño; las pequeñas recetas tácticas no pueden reemplazar una posición estratégica revolucionaria. El SAP ha levantado su candidatura a la dirección revolucionaria del proletariado. ¡Temeraria pretensión! Incluso los más serios representantes de este “partido” no superan, como demuestra el último libro de Sternberg, los límites del centrismo de izquierda. Cuanto más concienzudamente se esfuerzan por crear una doctrina “independiente”, más demuestran ser los discípulos de Thalheimer. Pero esta escuela tiene tan poco futuro como un cadáver. Un nuevo partido histórico no puede surgir simplemente porque unos cuantos antiguos socialdemócratas se hayan convencido, con mucho retraso, del carácter contrarrevolucionario de la política de Eber-Wels. Un nuevo partido tampoco puede ser improvisado por un grupo de comunistas que no han hecho nada todavía para garantizar su aspiración a la dirección proletaria. Para que surja un nuevo partido, es necesario, por una parte, que ocurran grandes acontecimientos históricos, que rompan la espina dorsal de los viejos partidos, y por la otra, una posición de principio elaborada y cuadros probados en el crisol de los acontecimientos.

Aun cuando luchamos con toda nuestra fuerza por la regeneración de la Comintern y la continuidad de su desarrollo ulterior, no estamos de ninguna manera

inclinados al fetichismo de la forma. El destino de la revolución proletaria mundial está, para nosotros, por encima del destino organizativo de la Comintern. Si se materializase la peor de las variantes; si los partidos oficiales actuales, a pesar de todos nuestros esfuerzos, fuesen llevados al hundimiento por la burocracia estalinista; si ello significase, en cierto sentido, volver a comenzar de nuevo, la nueva internacional encontrará su origen en las ideas y los cuadros de la Oposición Comunista de Izquierda.

Y por eso, los criterios inmediatos de “pesimismo” y “optimismo” no son aplicables a la labor que estamos realizando. Está por encima de fases determinadas, de derrotas parciales y victorias. Nuestra política es una política de largo alcance.

Posfacio

El presente folleto, cuyas diferentes partes fueron escritas en momentos diferentes, ya estaba terminado cuando un telegrama de Berlín trajo las noticias del conflicto de la mayoría abrumadora del Reichstag con el gobierno Papen y, en consecuencia, con el presidente del Reich. Esperamos seguir el desarrollo concreto de los acontecimientos posteriores en las columnas de *Die Permanente Revolution*. Aquí sólo queremos resaltar algunas conclusiones generales, que parecían abiertas a la crítica cuando empezamos este folleto y que, gracias al testimonio de los hechos, se han vuelto incontestables.

1. El carácter *bonapartista* del gobierno Schleiche-Papen ha sido desvelado completamente por su aislamiento en el Reichstag. Los círculos agrarios y capitalistas que se hallan directamente detrás del gobierno presidencial constituyen un porcentaje incomparablemente más pequeño de la nación alemana que el porcentaje de votos dados a Papen en el Reichstag.

2. El antagonismo entre Papen y Hitler es el antagonismo entre la cumbre agraria y capitalista y la pequeña burguesía reaccionaria. Lo mismo que en una ocasión la burguesía utilizó al movimiento revolucionario de la pequeña burguesía, aunque empleó todos los medios para impedirle tomar el poder, la burguesía monopolista se dispone a tomar a Hitler como lacayo, pero no como amo. Sin una necesidad aplastante, no entregará todo el poder al fascismo.

3. El que las diversas fracciones de la gran, mediana y pequeña burguesía lleven una lucha abierta por el poder, sin temer un conflicto extremadamente peligroso, demuestra que la burguesía no se siente inmediatamente amenazada por el proletariado. No sólo los nacionalsocialistas y el Centro, sino también los dirigentes de la socialdemocracia se han atrevido a entrar en un conflicto *constitucional* sólo porque tienen la firme convicción de que no se convertirá en una lucha revolucionaria.

4. El único partido cuyo voto contra Papen estaba dictado por objetivos revolucionarios es el *partido comunista*. Pero hay un gran trecho entre los objetivos revolucionarios y los logros revolucionarios.

5. La lógica de los acontecimientos es tal, que la lucha por el “parlamento” o la “democracia” se convierte para todo obrero socialdemócrata en una cuestión de *fuerza*. En esto reside el contenido fundamental de todo el conflicto desde el punto de vista de la revolución. La cuestión de la fuerza es la cuestión de la unidad revolucionaria del proletariado en la acción. Una política de frente único respecto a la socialdemocracia debe permitir, en un futuro muy cercano, sobre la base de la representación democrática proletaria, la creación de órganos de lucha de clases, es decir, de *consejos obreros*.

6. En vista de los favores a los capitalistas y la ofensiva brutal contra el nivel de vida del proletariado, el partido comunista debe avanzar la consigna de *control obrero de la producción*.

7. Las fracciones de las clases poseedoras sólo pueden disputar entre sí a causa de que el partido revolucionario es débil. El partido revolucionario podría volverse infinitamente más fuerte si explotase correctamente las disputas entre las clases poseedoras. Para esto es necesario saber cómo distinguir a las diferentes fracciones según su composición social, y no meterlas a todas en el mismo saco. La teoría del “socialfascismo”, que ha quebrado completa y definitivamente, debe ser, por último, abandonada como chatarra inservible.

Edicions internacionals Sedov



Trotsky: Obras Escogidas

Trotsky inédito en Internet y castellano

Consulta también nuestras otras series

- *Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional*
- *Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
- *La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1918*
- *La lucha política contra el revisionismo lambertista*
- *Lenin: dos textos inéditos*
- *León Sedov: escritos*
- *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*
- *Obres escollides de Lenin en català*
- *Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
- *Rosa Luxemburg en castellano*
- *Años 30 : Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*
-

Y las de nuestro sello hermano



-
- **Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie (1958-1962) y números de Segunda y Tercera Serie (1962-1986)**
 - **Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti**
 - **Armand, Inessa**
 - **Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España**
 - **Balius, Jaime (Los Amigos de Durruti)**
 - **Bleibtreu, Marcel**
 - **Comunas de París y Lyon**
 - **Ediciones Espartaco Internacional**
 - **Frencha, Cintia y Gaido, Daniel**
 - **Guillamón, Agustín. Selección de obras, textos y artículos.**
 - **Heijenoort, J. Van**
 - **Just, Stéphane. Escritos**
 - **Kautsky, Karl**
 - **Munis, G. Obras Completas y otros textos**
 - **Murphy, Kevin**
 - **Parvus (Alejandro Helphand)**
 - **Plejánov, G. V. , obras**
 - **Rakovsky, Khristian (Rako)**
 - **Rühle, Otto**
 - **Textos de apoyo**
 - **Varela, Raquel, et al. - El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75**